

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 48

40 Cents.

17 ENERO
1926



PINOCHO EN LA ISLA DE LA "CARABA"

PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.

PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA



EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS DE LA CUBIERTA

PINOCHO EN LA ISLA DE «LA CARABA»

Sigue lo absurdo. Otro día ve Pinocho que una liebre persigue a un cazador. «Por lo visto en este país los pájaros tiran a las escopetas», piensa el gran muñeco, riendo como un descosido.

Su asombro aumenta al distinguir a un magnífico oso haciendo bailar al húngaro. Sin duda en la isla de «La Caraba» hay muchos hombres que hacen el oso.

Pues ¿y el servicio de bomberos? Como puede verse en el dibujo, este servicio es de lo más rápido que darse puede, ¡Dios mío! ¿Qué encontrarán cuando lleguen al lugar del incendio?

(Continuará en el número próximo.)



PINOCHO Y LOS DEPORTES



Crónica deportiva.

POR DUX

Mis queridos amigos: hoy voy a charlar con vosotros, ligeramente, de los acontecimientos deportivos más recientes.

Ya sabéis que en la Región Centro, el equipo titular ha logrado, después de varios años, vencer al «Racing». De cómo jugó en este partido el equipo del «Madrid», se infiere que aún puede ganar cuando quiere.

Hoy puede decirse que se decide moralmente el campeonato de la región.

En los terrenos del Stadium se encontrarán el «Madrid» y el «Athletic», los eternos rivales; esperemos a ver cuál de ellos sale triunfante y serio candidato al título de campeón.

Sabréis ya que Ruiz, nuestro boxeador, no sólo ha confirmado su título de campeón de Europa, sino que ha recuperado el título nacional que tenía Cicloné.

Ahora tendrá Ruiz que pasear su título por América.

El equipo de la Universidad inglesa de Oxford «All Indian Hockey» ha realizado una brillante y victoriosa *tournee* por nuestra patria, demostrando que aún nos queda bastante que aprender en este bello deporte.

Un equipo femenino alterna lucidamente con los masculinos en los partidos de «hockey» sobre hielo.

En la sierra de Guadarrama se practican con verdadero entusiasmo los deportes de la nieve. Y este año promete ser un acontecimiento el campeonato nacional de «skis».

Es realmente inusitado el movimiento entusiasta que ha despertado la generosa donación de Pinocho para sus torneos.

A diario recibimos multitud de cartas que procuramos contestar a la mayor rapidez. Solicitan detalles y aclaraciones que nosotros tenemos gran satisfacción en dar y hacer.

Hemos recibido en España la visita del «Furt» de Viena, que sucumbió y venció ante y al «Barcelona» en la reanudación de sus tareas deportivas. El «Sparta» de Praga jugó dos interesantes partidos frente al «Athletic» bilbaíno; y con eso queda dicho todo lo deportivo que hasta la fecha en que termino estas líneas ha tenido lugar.

Pinocho sigue triunfando.

El domingo día 27, a las tres y media y en el campo del Pilar, se jugó un partido amistoso entre los equipos «Sporting Pinocho» y «Sporting Municipal».

Después de un partido reñidísimo resultó vencedor el primero por 3 a 1. El árbitro, Sr. García, bien e imparcial.

VILUSÁN.

También Don Turulato triunfa.

«Don Turulato F. C.» venció al «Deportivo Mancebos» por 4 a 0.

«Don Turulato» alineó así:

Alegre; Inocente, Nieto; De Lama, Vallhonrat, De Lama (P); Retana, Clemente (L.), Olid, Clemente (A.), Sabugo.

El partido resultó interesantísimo.

Reseñas y resultados de nuestros corresponsales.

En Dolores (Alicante).

Se celebró el 25 de diciembre el «match» revancha entre 6.º y 5.º-B, alcanzándole la victoria al primero de los equipos escolares nombrados.

El equipo de 6.º estaba reforzado por el jugador del 4.º-B Hernández, y 5.º-B con el del 4.º-A Bisso.

El guardameta del 6.º, A. Rochat, se lució en situaciones difíciles; pero lo hemos visto efectuar mejores partidos.

El del 5.º-B, Dorio Villos, bastante bien al comenzar el partido. A la mitad de éste fué vencido en valla varias veces, algunas impares. Fué cambiado por Coelli.

Creemos que ha habido algo de injusticia al no considerar las hermosas paradas del principio del juego.

Hernández marcó 8 «goals»; Felipe, 1; C. V. La Madrid, 1; Axel Broman, 1. Estos, de los del 6.º.

Del 5.º-B fueron marcados: Angel, 6; Biaso, 1; Coelli, 1.

El «score» 11-8 es un fiel reflejo de lo que fué la lucha.

L. BACKY.
Trece años.



Los ases y sus discípulos.

Antonio Ruiz, el célebre púgil madrileño, campeón de Europa, ha sido sorprendido en uno de los descansos de su habitual entrenamiento en el campo enseñando a boxcar a dos pequeños, que quién sabe si representan otros «ases» futuros, que como él den gloria al deporte español.—(Foto ALVARO.)

En Navalmoral.

Ante numeroso público se jugó un partido amistoso de fútbol entre los primeros equipos infantiles de Oropesa y Navalmoral.

El partido estuvo muy desigual, pues dominó constantemente el morado, sin que tuviéramos la suerte de marcar ni un solo tanto. En cambio los oropesanos, de la única avanzada que hicieron tuvieron la suerte de entrar un «goal» milagrosamente en una «melée».

No dejo de dar las gracias a los lectorcitos.

He dicho.

FELIPE LUENGO.

En Ceuta.

En Ceuta jugaron el domingo el «Hípica F. C.» y el «Cultura Sport», empatando a 1.

Comenzó el partido a las tres. Saca el «Cultura» y lo remata Echeveste, quien, de un pase a Ríos, logra meter el primer «goal».

Este equipo jugó algo bien, pues llevaban a Echeveste del «Mixto F. C.».

El «Hípica F. C.» jugó regular, metiendo también otro «goal». Tuvieron una gran combinación de cabeceo.

M. PASTOR.

Almería.

«Reina F. C.», 9;

«Iberia F. C.», 0.

El partido se redujo a una lucha entre diez jugadores y el trío defensivo ibérico.

De los tantos, seis de ellos fueron marcados por Cazoria, y los otros por Rodríguez, Montes y Vargas.

EME-TE.

Una proclama.

¡¡Deportistas!!

El «C. D. J. P.» admite socios para todos los deportes, de doce a diez y siete años de edad.

Dirigirse a Julio Jacinto, calle del Amparo, núm. 18.

El que desee ser socio deberá indicar en qué deporte, y asimismo mandará un sello de 15 céntimos para la contestación del que desee ser socio de este «grande-pequeño» club.

OFF-SIDE.

Bolsa de equipos Pinochistas.

Han quedado inscritos en esta semana para los Torneos Pinocho: En Barcelona, tres equipos: el «F. C. Chonón», el «Chapete» y el «Deportivo Pinochista Infantil».

En San Sebastián, el «Pinocho».

NOTA.—Todo equipo que desee figurar en las ligas de los Torneos de Pinocho debe enviar su suscripción a nuestra Redacción, Valencia, 28.

En Buenos Aires.

El equipo de Pinocho sigue triunfando.

Se ha encargado de la corresponsalia deportiva de «Pinocho» el ilustre secretario del «Club Pinocho», que como el anterior es socio fundador de este prestigioso Club.

Anselmo y el secretario comprarán una máquina de fotografía, y así nuestros lectores todos podrán conocer la fisonomía de quienes tan alto han colocado en la Argentina el preclaro nombre de «Pinocho».

Los «equipiers» del «Pinocho» bonaerense pasan por el dolor de verse privados de la valiosa colaboración de los Lucarelli, que se mudan al otro lado de la ciudad.

Nuestros colaboradores.

Cómo se juega al «croquet».

El juego del «croquet» es de procedencia francesa, y data de los tiempos de Luis XVI. Este monarca practicaba con verdadero entusiasmo este deporte en los jardines de Versalles. Pronto se impuso este juego, se hizo popular, y hoy es conocidísimo en Europa y América.

Por un error de confección se dió el principio de esta crónica «Cómo se juega al «croquet» en el número anterior, sin dar la continuación. En este número la publicamos íntegra.



Lo esencial para jugar al «croquet» es saber marcar el terreno.

Se elige una superficie plana y se marca un rectángulo de 20 metros por 14, en cuyos ángulos se colocarán unas banderitas que los delimitarán.

A continuación se colocan seis arillos y dos «piques» o postelillos. Si el terreno fuese reducido se reducirá también el rectángulo, cuidando siempre de guardar las debidas proporciones.

En el «croquet» se utilizan hasta cuatro mazos (malletes); éstos estarán marcados con un color diferente correspondiente a una bola.

Para jugar al «croquet» es necesario formar dos bandos, integrados por uno o dos jugadores. Si fuesen dos los jugadores, las jugadas serán alternativas. Esto es: el bando A está formado por los jugadores azul y rojo, y el B por los amarillo y verde.

Saldrá el azul, después jugará el amarillo, después el rojo y después el verde.

Puede ocurrir que uno de los bandos esté integrado por un solo jugador y en el otro figuren dos. En ese caso el jugador solo jugará después de cada uno de los otros dos del bando contrario.

El juego va a comenzar. ¡Atención! El jugador azul, que, como ya hemos dicho, es el primero, coloca su bola frente al arco de salida, a una distancia aproximadamente igual al largo del mazo; de un solo golpe debe impulsar su bola en una dirección que pase bajo el arco de salida; de otro golpe la hará pasar por el arco que esté enfrente; de allí la hará retroceder, haciéndola pasar tras el piquete o banderilla de ángulo o esquina, y sin tocarlo, al arillo de abajo; seguirá campo arriba hacia el arillo próximo a la meta; pasará después bajo el arillo central; luego, volviendo inversamente, recorre el campo abajo, pasando la bola bajo los arillos de ese lado, dirigiéndose después hasta el central.

Ni que decir tiene que a la falta del jugador primero entra en juego el segundo, y a la del segundo el tercero, y así sucesivamente hasta la terminación del juego; el jugador puede pasar al primero en cuanto tenga más destreza que él. Cuando el jugador ha pasado la bola bajo el arco puede repetir la jugada; ahora bien, si su bola chocase con otra, entonces se dirá que ha *enrocado*. Un *enroque* da derecho a un *croqueo*, o sea a que el jugador tome su bola, la coloque en contacto con la bola *enrocada* y lanzar ambas en la dirección que desee.

Ninguna bola puede ser *enrocada* dos veces si entre ellas el jugador no ha hecho, cuando menos, un tanto.

Si la bola de un jugador saliese del terreno de juego, tendrá que volver a él, colocándose a unos treinta centímetros de la línea de juego.

El *enroque* es beneficioso en varios casos. Por ejemplo: si la bola ha rodado junto a un aro sin pasar por él, el jugador puede correrla en turno, si le es posible, hacer un *enroque* y *croquearla* en tal forma que la suya quede enfrente y a la derecha del arillo, de suerte que pueda hacer un pase con un golpe, después de haber hecho *croqueo*. BLACH.

En Buenos Aires.

«Pinocho A», 4; «Sportivo Capdevila», 2.

«Pinocho A» compuso así: Lucarelli; Inzúa, Anselmi; Varela, Dacal, Lagarde; Bardelli, Mannetto (Gaitano), Rieti, Lagarde y Lucarelli.

«Pinocho» demostró ser más cuadro, venciendo con cierta facilidad, marcando los «goals» Rieti, 2; Mannetto, 1, y Lagarde, 1.

«Pinocho B», 1; «Def. de California», 1.

«Pinocho» dominó continuamente; pero los contrarios demostraron poseer una defensa muy segura. En el primer tiempo, «Def. de California» ganaba por 1 a 0; pero en el segundo, a los diez y siete, Juan Algerina marcó, en buena forma, el empate.

Los «Pinochistas» formaron así: Carco; Alegrina, Garaveti; Asenzo, Torecioni, Carri; Lupi, F. Lucarelli, A. Nicoloso, Torres y Barlozo.



Un bonito pase.

por CARLOS QUESADA. 12 años. Madrid.

Palabras que agradecemos.

El capitán del «Pinocho» nos dice lo siguiente:

«Ahora, como estamos unidos, para que nos ganen tendrán que ser verdaderos clubs de grandullones; y el club, como siempre, será de muchachos cultos. Por el momento, no elegiremos presidente; luego lo haremos. Nosotros, al unirnos, hicimos saber que nunca cambiaremos de nombre, y que siempre permaneceremos fieles a su Revista.»

Estas palabras nos han conmovido ¡Palabra de honor!

FÉLIX ZANCÍVAR.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué llaman al camello el navío del desierto.

—Muy sencillo. Se denomina así el camello por ser éste el único animal que puede atravesar las grandes extensiones de arenas. Es un privilegio, del cual se ven excluidos todos los demás cuadrúpedos. El caballo, el mulo...

—¿No pueden atravesar el desierto?

—El caballo, el mulo, cualquier otro animal que no sea el camello, no podría atravesar el desierto. Se le hundirían las pezuñas en la arena, y al poco rato de caminar caerían fatigados, rendidos. El camello, en cambio, se halla provisto de unas carnosidades, las cuales se ensanchan cada vez que echa el paso, consiguiendo pisar firme en la arena, de la misma manera que las aves acuáticas se apoyan en el agua con sus pies palmados. Además, cuando sopla el huracán, el mulo y el caballo se verían próximos a la asfixia si no le protegiesen sus amos. El camello se basta por sí mismo para eludir este peligro. Puede cerrar las ventanillas de la nariz, y evita de esta forma que la arena penetre en sus pulmones.

—¿Es cierto que el camello no necesita beber agua?

—El camello, como todos los animales, necesita del agua. Ahora que el camello es un animal que no necesita beber diariamente. Posee una cualidad extraordinaria, y es la de beber para cinco o seis días, durante los cuales puede caminar a través del desierto, soportando una carga de doscientos o trescientos kilogramos.

—¿Y podría decirme, amigo buho, para qué tiene el camello sus jorobas?

—No las tiene solamente para hacer el ridículo. El camello de la Arabia posee una joroba; el de la Bactriana, que habita en clima más cálido, posee dos. Y las jorobas vienen a ser al camello lo que las alforjas o las mochilas al viajero: un lugar donde esconde el alimento que ha de consumir durante el camino. Las jorobas de los camellos están llenas de grasa, y de ella va gastando el animal durante la penosa travesía, al final de la cual se encuentra el camello sin jorobas, pues ya ha consumido su contenido.

—¿Y el dromedario?

—El dromedario es menos corpulento que el camello y tiene una resistencia enorme: camina de trece a diez y seis kilómetros por hora y puede sostener este paso, sin descansar, un día entero.

—¿Y por qué no tenemos nosotros esos animales?

—Porque en nuestro terreno, no arenoso, es preferible el mulo y el caballo. El camello y el dromedario están bien donde están. Allí cumplen su oficio, como el reno, animal de las nieves, cumple el suyo en las regiones frías, heladas, del Norte.

—Hacen bien en no traer por aquí esos animales, porque en verdad que son muy feos.

—¿Feos has dicho, Chonón? No lo creas, no lo son; al menos para los hombres que se benefician de ellos. Sería difícil convencer a esos individuos de la fealdad del camello.

—Pues mire que tienen un aspecto y unos pelos...

—Ya ves: esos pelos tan feos sirven para fabricar pinceles. Si, convence a los fabricantes de pinceles, amigo Chonón, de que son feos e insoportables los pelos de los camellos.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

El tiburón se mantenía a diez o doce metros de la canoa, contentándose con levantar a coletazos grandes oleadas. Saltaba en ocasiones hasta a más de un metro sobre el agua, y después se sumergía con sordo fragor y volvía de nuevo a la superficie, retorciéndose desesperadamente.

Su formidable cola chocaba a veces contra las paredes de la galería, con tal violencia, que producía verdaderos estallidos.

Por fortuna la abertura descubierta estaba cerca. Miguel y Roberto esperaron a que se sumergiera el tiburón, y después impulsaron velozmente la canoa al través de aquella grieta, mientras el doctor alumbraba con la lámpara.

—¡Parad! —dijo Vicente—. Si el maldito tiburón oye el ruido de los remos nos va a seguir.

—Además, puede que haya escollos por aquí —añadió el doctor.

—Y quizá alguna otra cosa —dijo Roberto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el doctor.

—¿No oís nada?

El doctor aguzó el oído, pero el tiburón en aquel momento hacía ruido en la galería y nada pudo oír. Las olas levantadas por la cola del monstruo se quebraban contra las paredes y contra las hendiduras con un ruido ensordecedor, que el eco repetía considerablemente aumentado.

—Es imposible oír nada —dijo el doctor.

—Esperemos a que ese bribón se aleje —dijo Roberto—. Si no nos encuentra, acabará por largarse de una vez.

—¿Has visto algún fuego o algún escollo peligroso?

—Ni una cosa ni otra. He oído como explosiones débiles y algo así como un silbido.

—¡Caracoles! —dijo Vicente—. ¿Estará habitada esta caverna?

—¿Por quién? —preguntó el doctor, en tono burlón.

—No lo sé, señor Bandi.

—¿Por topos, acaso?

—¿No oís, señor...? —dijo Roberto.

Entre mezclas con el ruido que producía el tiburón se habían oído algunas ligeras explosiones, seguidas de agudos silbidos. No venían del lado del canal, sino, al parecer, del extremo opuesto de la caverna.

—¿Qué dice a esto, doctor? —preguntó Vicente, que no se sentía muy tranquilo.

—Digo que ya nos explicaremos ese fenómeno —respondió el señor Bandi—. Me parece que el tiburón se ha alejado; vamos a encender nuestras linternas y veamos de dónde proceden esos ruidos.

—¿Habrá aquí dentro algún volcán?

—No veo ninguna llama, Vicente, y además se oírían tales estampidos que harían temblar las bóvedas del canal.

Miguel y Roberto encendieron una antorcha y una linterna e iluminaron el lugar en que se hallaban.

La canoa había penetrado en el interior de una caverna de dimensiones mucho menores que la anterior, pero erizada también de rocas y sembrada de escollos.

La bóveda era más baja, toda ella llena de soberbias estalactitas que formaban verdaderos festones y columnas bastante artísticas. Algunas llegaban casi al nivel del agua, pero eran tan frágiles que un simple golpe con la mano bastaba para romperlas.

Hacia levante formaba la pared un verdadero murallón como cortado a pico, y a poniente y septentrión había una especie de playa llena de rocas, pero no difícil de abordar.

Precisamente de en medio de aquellas rocas era de donde, al pa-

recer, salían los silbidos y las detonaciones que tanto habían sorprendido a Roberto y espantado a Miguel.

—Ya sé de qué se trata —dijo el doctor, después de haber escuchado atentamente.

—¿De qué, señor Bandi? —dijo Vicente con su habitual inquietud.

—Con toda seguridad hay aquí algunos respiraderos, especies de solfataras, semejantes a los que se ven en Toscana, junto a las salinas de Nirano, y en las de Sassuolo.

—¿Y qué son esos respiraderos?

—Volcanes pequeños...

—¡Caramba, doctor; por mil diablos! ¿Y quiere que vayamos a verlos?

—No son otra cosa que volcancillos de fango, completamente inofensivos. No hay peligro en acercarse a ellos.

—¿No despiden lava?

—No, Vicente. Se contentan con lanzar arcilla y un poco de gas.

Alguna que otra vez arrojan también un poco de agua hirviendo mezclada con ácido bórico.

—Pues entonces vamos a verlo.

La canoa había llegado junto a la playa. Miguel la aseguró con una doble cuerda a uno de los escollos, temiendo que el oleaje producido por el cambio de la marea la desamarrase por segunda vez, y después los cuatro exploradores se encaramaron por los escollos, llevando consigo linternas.

Los silbidos y las detonaciones continuaban, acompañados alguna que otra vez por un sordo bramido. Por la caverna se extendía penetrante olor a gas, que hacía estornudar con frecuencia a los cuatro hombres.

Atravesadas las primeras rocas, se hallaron de improviso ante un enorme amasijo de barro, aún semilíquido, el cual rodeaba a una especie de cono de cinco a seis metros de altura.

Del vértice de aquel cono era de donde salían los silbidos y los ruidos, y también a intervalos salían de él algunos chorros de una materia negruzca, en ebullición, acompañada de borbotones de agua humeante.

—¿Es éste el volcán? —dijo Vicente con asombro.

—Sí —respondió el doctor—. Pero ahora descubro otros más pequeños allá lejos.

—¿Y qué hay dentro de estos conos?

—Ya lo veis, fango hirviendo.

—¿No oís esas detonaciones

que salen de entre aquellas grietas? —dijo Miguel.

—Son fugas de gas —dijo el doctor, bajando su linterna—. ¿No veis cómo estallan aquellas burbujas que salen con el fango?

—Sí —dijo Vicente.

—Arrimadles una cerilla encendida.

El pescador, tras breve vacilación, obedeció, y vió que aquellas burbujas se inflamaban en seguida, dando un estallido.

—¡Qué extraño es todo esto! —exclamó—. ¿Y no habrá ningún peligro de que este gas oculto bajo el fango se incendie y nos arroje por los aires?

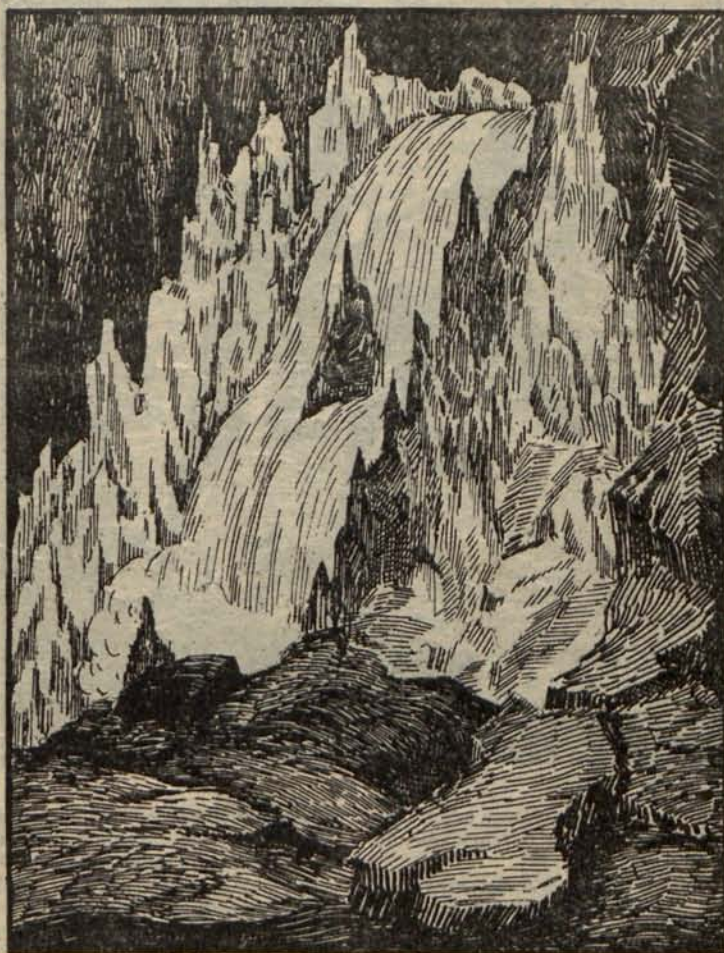
—¡Oh...! Ninguno.

—¿No pueden causar daños estos volcanes?

—¿Eh...? Algunas veces se han convertido en tan peligrosos como los grandes.

—¡Y parecen de juguete...!

—Sí, Vicente. En Sassuolo, por ejemplo, un pueblo de la provin-





cia de Módena, y que quizá le tengamos ahora precisamente sobre nuestras cabezas, hay un volcancillo, llamado comúnmente *Salsa di Sassuolo*, que no es mucho mayor que éste,

y, sin embargo, ya ha tenido tremendas erupciones.

—¿Un volcancete tan chico...?

—La historia recuerda erupciones gravísimas. Noventa años antes de Cristo, ese juguete, como vosotros le llamáis, arrojó por su cráter llamas y fango en cantidades extraordinarias y produjo algunos terremotos que costaron la vida a no pocos habitantes, destruyendo muchas casas. En 1801, arruinó por completo la población de Sassuolo, estando en ebullición y ardiendo durante varias semanas y lanzando por los aires bloques de piedra de varias toneladas, como si fuera el Etna o el Vesubio.

También en 1835 devastó los alrededores durante nueve semanas, vomitando millón y medio de metros cúbicos de fango.

—¿Caracoles...! ¿Y ahora?

—Ahora duerme y se contenta con lanzar de vez en cuando algo de fango o gases. Algunos años, casi no da señales de vida.

—¡Vámonos, doctor!

—Si, vayámonos antes de que este juguete nos haga de pronto alguna mala partida —dijo Miguel.

—No hay peligro ninguno.

—Aunque así sea, es preferible marcharse

—Como queráis; pero antes hemos de comer aquí y dormir un rato. Nos hace falta algún descanso, pues hace ya la friolera de quince horas que no dormimos nada.

—Si nos garantizáis que el volcancito nos deja tranquilos, dormiremos aunque sean diez horas seguidas. Pero me parece que se estaría mejor entre las cajas de la canoa.

—Espero que sólo se contente con silbar como hasta ahora.

Habiendo hallado un lugar a propósito para acampar, prepararon la comida, y después de fumar una pipa los cuatro exploradores se envolvieron en sus mantas y se quedaron profundamente dormidos, a pesar de los continuos silbidos y detonaciones del volcán.

CAPÍTULO IX

UNA LUZ SOSPECHOSA

Después de haber dormido por espacio de unas diez horas, los cuatro exploradores se reembarcaron para continuar el viaje a lo largo del canal.

Apenas hubieron traspasado la abertura que les sirvió de entrada en la caverna, chocó la canoa contra un gran bulto que sobrenadaba en las aguas del canal. Era uno de los dos tiburones que habían intentado atacarles algunas horas antes.

El monstruo, en las convulsiones que le producía el dolor de las heridas, había topado con el hocico contra una hendidura de la pared con tal ímpetu que no pudo después desencajarse de ella. Allí le sorprendió la muerte.

Como los pescadores llevaban víveres más que suficientes para realizar su viaje, no se ocuparon en cogerlo para cortar de él algún trozo, pues además tenían prisa por salir cuanto antes del canal.

La marea estaba en su flujo, y, por tanto, Miguel y Roberto se vieron precisados a empuñar los remos. La corriente era muy lenta y el peso de la canoa muy ligero; no tenían, por lo tanto, que hacer un esfuerzo excesivo para abrirse camino contra la corriente.

El túnel, al lado opuesto de la abertura, describía un recodo bastante acentuado, inclinándose ligeramente hacia el sur.

Probablemente, el capitán Gottardi y sus hombres se vieron obligados a dejar la línea recta seguida hasta entonces, por evitar algún obstáculo que les imponía la naturaleza del suelo.

En efecto, examinada la pared septentrional, comprobó el doctor que estaba formada por una especie de granito durísimo y difícil, por lo tanto, de excavar. Quizá por este motivo, para evitar la roca, aconsejó el capitán desviar la galería hacia el sur, donde el terreno estaba formado de tufo calcáreo, piedra muy fácil de tallar.

Los navegantes habían avanzado ya cerca de dos kilómetros cuando hacia la pared meridional hallaron una extensa excavación, que no parecía obra de la Naturaleza, pues sus rocas estaban perfectamente talladas y alisadas. En aquella excavación podía guar-

cerse muy cómodamente una de las mayores embarcaciones de nuestros tiempos.

—¿De qué puede servir esta gran excavación? —preguntó Vicente al doctor.

—¿No comprendes su objeto?

—No, doctor.

—Sirve de apartadero para los barcos. Suponte que viene un barco en un sentido y otro en el contrario.

Perfectamente, ya comprendo: uno de los dos barcos tendría que ceder su puesto al otro, pues lo estrecho del túnel no consiente el paso de los dos juntos.

—Justo, y en este sitio encontraría uno de ellos su punto de parada para dar paso al otro.

—¿Era un gran hombre ese capitán Gottardi!

—Un gran ingeniero, Vicente.

—¿Hallaremos más apartaderos de esta clase?

—Seguramente, y puede ser que hayamos pasado alguno sin advertirlo. No se comprende que sólo hubiera hecho uno para una distancia tan larga como la a que nos encontramos del Adriático.

—¿A tanta distancia estamos ya? ¿Por dónde iremos ahora?

—Si mis cálculos no me engañan, debemos haber recorrido ya la mitad del camino. Debemos estar bajo Módena.

—¿Cuál es la longitud total del canal?

—En línea recta no debe de tener más allá de ciento cincuenta o ciento sesenta kilómetros.

—Entonces ¿dentro de pocos días habremos terminado nuestro viaje?

—Con toda seguridad, a no ser que nos ocurra alguna desgracia.

—¿Qué teméis, pues?

—No sé, pero todo puede suceder en este mundo.

—Supongo que en estos cuantos días no ha de sobrevenir el fin del mundo, ni se hundirá la galería —dijo el pescador, riendo.

—¡Bah...! La galería es muy sólida —dijo el doctor—. Después de resistir durante tantos siglos no va a hundirse ahora.

Un brusco movimiento hecho por Roberto interrumpió la conversación.

—¿Qué hay? —preguntó Vicente.

El joven había abandonado el remo, y encorvado sobre la proa parecía ocupado en mirar algo a través de las densas tinieblas que envolvían las infinitas arcadas del túnel.

—¡Habla! ¡habla! —dijo el señor Bandi.

—¡Una luz! —exclamó Roberto.

—¿Será algo de fosforescencia?

—No, doctor, era una luz.

—Es imposible.

—La he visto brillar dos veces y apagarse luego.

—¿Muy lejos?

—A eso de un kilómetro.

—¿Será realmente una luz, doctor? —preguntó Vicente.

El señor Bandi movió con incredulidad la cabeza.

—Nadie pudo haber bajado hasta aquí —dijo después.

—¿Y cómo se explica esta luz?

—Puede que haya allí lejos algún volcán; pero...

—¡Decid, doctor...!

—Si hubiese allí algún volcán se vería aún el fuego, y ahora no se ven más que sombras.

—Yo tampoco veo ya ningún punto luminoso.

—Vayamos más adelante.

Iba a coger el remo Roberto, cuando gritó Miguel:

—¡Mirad!... ¡Mirad, señor Bandi...!

El doctor y el patrón miraron al frente y vieron brillar con gran claridad, entre las sombras, un pequeño punto luminoso de color rojizo, con apariencias de una estrella de sexta o séptima magnitud.

—¡Oh, sí! ¡Allá lejos brilla algo! —dijo Vicente.

—Parece un fanal —dijo el doctor.

—Un fanal de marina, de luz roja —añadió Miguel.

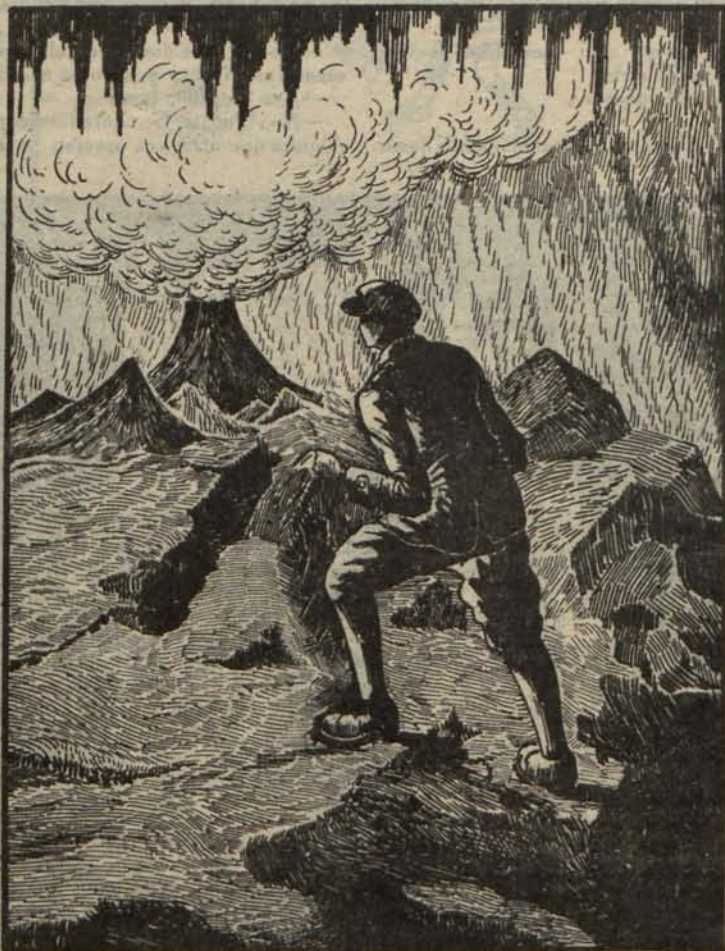
—¡Doctor...! —exclamó Vicente cruzándose de brazos y mirándole fijamente.

—¿Qué hay, Vicente?

—¿Nos habrá precedido alguien?

—¿Quién iba a ser?

(Continuará en el número próximo.)





EL ZAPATERO DEL CAIRO

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó entonces Maaruf.
—Me llamo Abusaadat.
—¡Oh Abusaadat! ¿Qué lugar es éste y quién te ha encantado en esta cajita?

—Señor —le contestó—. Este lugar es un tesoro llamado Tesoro de Xadad, hijo de Ad, el que construyó Irem Bate-lamad, lugar que no tiene semejanza en la tierra; yo fui su servidor durante su vida y este es su anillo que él depositara en su tesoro; pero ahora te pertenece a ti.

—¿Será posible —preguntó Maaruf— sacar a la faz de la tierra lo que se oculta en este tesoro?

—Sí, es la cosa más fácil.

—Pues saca todo lo que hay aquí —ordenó Maaruf— sin dejar absolutamente nada.

Hizo el genio una señal con la mano en dirección a la tierra, y el suelo se abrió; bajó por allí y desapareció durante breve rato. En seguida salieron del fondo de la tierra pajes elegantes y de agradable aspecto, y cargando en cestas de oro las riquezas de aquel recinto, iban vaciándolas fuera, una tras otra, sin cesar un momento de transportarlas. No había pasado una hora, cuando dijeron: «No queda nada en el tesoro.» Abusaadat subió a presencia de Maaruf y le dijo:

—¿Has visto, señor mío, que ya he transportado todo lo que había en el tesoro?

—¿Quiénes son estos jóvenes? —preguntó Maaruf.

—Son mis hijos —le contestó el genio—, porque para esta obra no me hubieran servido los auns, y he encargado de ella a mis hijos, que se han honrado con servirte. Pide si quieres otra cosa.

—¿Podrías tú —le dijo Maaruf— traerme cajas, meter en ellas todas estas riquezas y cargarlas luego en mulas?

—Nada más fácil que esto —replicó el genio.

Y dió un gran grito; al momento se presentaron sus hijos, que eran ochocientos. Y les ordenó:

—Transformaos, unos, en figura de mulas; tomad otros el aspecto de esclavos, de manera que como el menor de vosotros no se encuentre en la corte de ningún rey; otros, convertíos en arrieros; otros, en sirvientes.

Hicieronlo como les mandaba. Gritó luego llamando a los auns que inmediatamente se presentaron a su vista, y les ordenó que se transformaran en caballos, aparejados con sillas de oro con perlas incrustadas.

Al ver Maaruf todo esto, preguntó intrigado:

—¿Dónde están las cajas?

E inmediatamente las trajeron a su presencia. Y entonces ordenó:

—Empaquetad el oro y las joyas, cada cosa aparte.

Y lo arreglaron como pedía, cargándolo todo en trescientas mulas. Maaruf volvió a preguntar al genio:

—¡Oh, Abusaadat! ¿Podrías traerme algunos fardos de telas finas?

—¿Las quieres de Egipto —le dijo el genio—, o las prefieres de Siria o de Persia, o de la India o de Grecia?

—Traeme telas de todas estas partes, cien cargas en otras tantas mulas.

—Señor, concédeme un plazo, mientras dispongo mis auns en orden para lograr este propósito y mando a cada cuadrilla que marche a las tierras indicadas y que traigan cien cargas de telas, y ordeno que los auns se transformen en mulas y vengán cargados con las mercancías pedidas.

—¿Qué plazo necesitarás? —preguntó Maaruf.

—Lo que dura la noche, no amanecerá el nuevo día sin que tú tengas lo que desees.

—Te concedo este plazo.

A continuación el genio mandó a sus servidores que levantaran una tienda, en la cual se instaló Maaruf. Trajéronle la comida, y Abusaadat le dijo:

—Señor, descansa. Mis hijos quedan aquí para guardarte; no temas. Yo voy a reunir a todos mis servidores y a enviarlos a cumplir tu encargo.

Abusaadat se marchó por su camino; Maaruf sentóse en la tienda, con la comida delante, y los hijos del genio esta-

ban a su servicio en figura de esclavos, sirvientes y criados. En esto, el campesino, que había ido a la aldea, volvió trayendo una escudilla grande con lentejas y un saco lleno de cebada. Al ver la tienda levantada y a los esclavos de pie, con sus manos cruzadas sobre el pecho, supuso que había venido el sultán y que se había detenido en aquel sitio. Se paró, bastante confuso, y dijo para sus adentros: «Yo debería matar un par de gallinas y asarlas, hasta ponerlas doradas, con manteca de vaca, en honor al sultán.» Y trató de volverse para degollar las dos gallinas y obsequiar a su rey; pero Maaruf lo vió y le gritó, mandando luego a los esclavos que lo llevasen a su presencia. Lo cogieron, y con la escudilla de lentejas y todo, lo pusieron ante él.

—¿Qué es esto? —le preguntó Maaruf.

—Tu cena y el pienso para tu caballo —le contestó humildemente—; no me riñas, pues yo no me podía pensar que el sultán iba a venir aquí; de haberlo sabido hubiera degollado un par de gallinas para ofrecerle una buena hospitalidad.

—El sultán no vendrá —le replicó Maaruf—; yo soy su hijo político y estoy un poco disgustado con él; pero me ha enviado a sus esclavos, que me han reconciliado con mi suegro, y ahora siento deseos de volver a la ciudad. Mas tú me has preparado esta cena sin conocerme, y tu ofrecimiento ha sido aceptado, aunque sea de lentejas: no comeré otra cosa.

Y mandó colocar la escudilla en medio de los manteles y comió lentejas hasta hartarse, mientras que el labriego llenó su estómago de todos los demás platos exquisitos. Maaruf, después de comer, se lavó las manos y autorizó a sus criados para que cenasen, los cuales se comieron todo lo que había sobrado en los manteles. Una vez que la escudilla estuvo vacía, Maaruf la llenó de oro y se la dió al campesino, diciéndole:

—Llévala a tu casa y vente conmigo a la ciudad, donde yo te honraré.

El labrador con su escudilla llena de oro, aguijoneó a los buyes, y se encaminó a la aldea, creyendo que aquel hombre era el hijo político del sultán. Maaruf pasó la noche alegremente: doncellas bellísimas que habitan en los tesoros de la tierra vinieron a tocar y a cantar en su presencia. A la mañana, cuando más descuidado estaba, notó una nube de polvo que crecía y crecía envolviéndolo todo; despejarse, vió una caravana, compuesta de setecientas mulas cargadas con ricas telas; alrededor de ellas estaban los arrieros, los bagageros, los que llevan las luces; y Abusaadat, montado en una mula, hacía de jefe de la caravana. Ante él había una litera, con cuatro adornos de oro rojo brillantísimo con perlas incrustadas.

Cuando llegó delante de la tienda, se apeó, se prosternó en tierra y dijo:

—¡Señor mío! Tu deseo se ha cumplido a la perfección. En esta litera hay un vestido procedente de los tesoros, que no tienen igual entre las vestiduras de los reyes. Póntelo, sube a la litera y mándanos lo que te plazca.

—¡Oh, Abusaadat! Deseo escribir una carta para que la lleyes a la ciudad de Ijtán de Aljután y se la entregues a mi tío el rey; pero cuidado de presentarte ante él solo bajo la forma de correo humano.

—Oigo y obedezco —dijo humildemente el genio.

Escribió la carta Maaruf, púsole el sello, tomóla Abusaadat y partió con ella. Al llegar a presencia del rey, éste estaba diciendo:

—¡Oh visir! Mi corazón está angustiado por la suerte que pueda correr el marido de mi hija, y temo que los beduinos lo maten. Si yo hubiera sabido por dónde marchó, hubiera enviado soldados en su auxilio. ¡Ojalá me hubiera informado antes de su partida!

—Dios te librará de la ansiedad que te atormenta —le decía el visir—. ¡Por la vida de tu cabeza! El hombre se apercibió de que sospechábamos de él, tuvo miedo de que

le sucediera una desgracia, y huyó. No era más que un embustero, un impostor.

En aquel momento entró un correo. Prostróse en la presencia del rey y hizo votos a Dios por la continuación de su gloria y de su honor y por la duración de su vida.

—¿Quién eres y qué es lo que deseas? —le preguntó el rey.

—Yo soy un correo que te envía tu hijo político, el cual se acerca al frente de su caravana; me manda delante con esta carta.

Cogiéndola de sus manos, la leyó y vió que decía así:

«Después de los más expresivos saludos a nuestro tío el rey glorioso, te informo de que vengo con mi caravana. Apresúrate y ven a mi encuentro con soldados.»

El rey exclamó, al ver esto:

—¡Que Dios ennegrezca tu rostro, oh visir! ¿Cuántas veces hablarás en contra de la fama de mi hijo político y lo reputarás de embustero y de falsario? Ya viene con su caravana. Y tú no eres otra cosa que un traidor.

Inclinó el visir la cabeza hacia el suelo, confuso y avergonzado, y dijo humildemente:

—¡Oh rey del tiempo! Si yo he hablado estas cosas y he juzgado mal de tu hijo político, ha sido por causa del gran retraso en llegar sus mercancías y temeroso de que se perdiera el dinero gastado.

—¡Oh traidor! —insistió el rey—. ¿Qué son mis riquezas? Cuando llegue su caravana me dará, a cambio de ellas, una gran abundancia de cosas.

El rey mandó engalanar la ciudad, y entrando a la habitación de su hija le dijo:

—¡Buenas noticias tengo que darte! Tu esposo viene en seguida con su caravana; acaba de enviarme una carta avisándome, y yo voy a salir a su encuentro.

Maravillóse la princesa de esta noticia, y pensó para sus adentros: «¡Esto es cosa extraña! ¿Es que mi padre se burla y se mofa de mí, o es que trata de probarme, haciéndome conocer que mi marido es pobre? Pero, ¡loado sea Dios, que no permita salir de mis labios ninguna palabra despreciativa para mi esposo!»

Alí, el comerciante del Cairo, al ver que engalanaban la ciudad, preguntó la causa, y le dijeron que el comerciante Maaruf, hijo político del rey, venía con sus mercaderías.

—¡Dios es el más grande! —exclamó atónito—. ¿Qué calamidad es esta? Este hombre llegó aquí huyendo de su esposa, y era pobre de solemnidad, ¿de dónde, pues, le han venido estas mercancías? Tal vez la hija del rey le ha preparado esta estratagema, temerosa de su desgracia, y los reyes no son capaces de rehusar nada. A pesar de todo, ¡ojalá Dios (ensalzado sea su nombre) lo proteja y lo salve!

Los demás comerciantes se alegraron y se regocijaron con estas nuevas, porque veían próximo el momento de recuperar su dinero. El monarca reunió a todas sus tropas y salió al encuentro del marido de su hija.

Abusaadat había vuelto y había informado a Maaruf de cómo su carta llegara a manos del rey; y Maaruf entonces ordenó a sus servidores que cargaran las mercancías. Hicieronlo así, y él se vistió un traje magnífico, montó en la litera, y parecía mil veces más grande y majestuoso que un rey. Marchaba por medio del camino, y he aquí que vieron acercarse al rey con su séquito. Al aproximarse y ver éste a Maaruf vestido con tan espléndido traje y montado en litera, se abalanzó hacia él, le saludó e hizo votos por su prosperidad. Todos los grandes de la corte le ofrecieron sus respetos, y quedó demostrado hasta la evidencia que Maaruf había dicho la verdad, que jamás la mentira había aparecido en sus labios...

Entró en la ciudad seguido de un cortejo numerosísimo; los comerciantes acudieron y se prosternaron ante él, y el comerciante Alí le dijo con disimulo:

—¡Has hecho lo que has hecho y has triunfado en tu intento, oh jefe de los impostores! ¡Todo te lo mereces y ojalá Dios (ensalzado sea!) aumente tu dicha!

Rióse Maaruf, y cuando entró en el palacio se sentó en el trono y ordenó:

—Meted las cargas de oro en el tesoro de mi tío el rey y traed los fardos de telas.

Los trajeron y se pusieron a abrirlos, uno detrás de otro, sacando lo que contenían, hasta abrir las setecientas cargas. Escogió él las cosas más selectas, y después dijo:

—Entrad esto a la reina para que tome lo que le parezca y se lo regale a sus esclavas; dadle este cofre de perlas para que lo reparta entre sus esclavas y sus servidores.

Y empezó a dar a cada comerciante, con el que tenía alguna deuda, telas en pago de sus créditos; y al que le debía por valor de mil le entregaba mercancías por valor de dos mil o más. Luego repartió grandes cantidades a los po-

bres y a los desheredados de la fortuna; el Rey lo veía y no podía oponerse a su prodigalidad; así que no cesó de hacer donativos y regalos hasta que repartió completamente las setecientas cargas de telas. Luego les llegó el turno a los soldados y les repartió con generosidad minerales y esmeraldas, jacintos, perlas, coral y cosas semejantes, que se las daba a puñados, sin cuento. El rey alarmado, exclamó:

—Basta, basta, hijo mío, no des ya más, pues no queda sino una parte pequeñísima del cargamento.

—Tengo mucho más —se limitó a contestarle.

Y su veracidad quedó demostrada, de modo que nadie pudo decir que Maaruf había mentido. No le preocupaba el dar a manos llenas, puesto que el genio acudía sin falta a todos sus llamamientos. El tesorero vino a decir al monarca:

—¡Oh, rey del tiempo! El tesoro se ha llenado y no tenemos sitio para colocar el resto de las cargas, ¿dónde ponemos el oro y las piedras preciosas que sobran?

El rey le indicó otro lugar. Cuando la esposa de Maaruf vió lo que sucedía se colmó de contento, y admirada decía en su interior: «¡Quisiera yo saber de dónde le ha venido toda esta riqueza!»

Los comerciantes se alegraron también por todo lo que les había dado, y pidieron a Dios por él. El comerciante Alí estaba atónito y maravillado, y se decía: «¿Cómo es posible que este embustero haya llegado a hacerse dueño de tales tesoros? Porque si todo esto fuera de la hija del Rey, como yo suponía, él no se hubiera permitido repartirlo a los pobres.» Que bien dijo el poeta:

Quando el Rey de los reyes hace un regalo, no preguntes por la causa.
Dios da a quien le place; mantente, pues, en los límites de la reverencia.

Por lo que toca al Rey, no se maravillaba menos de lo que había visto en Maaruf, de su generosidad, de su liberalidad, de su esplendidez para repartir el dinero.

Entró Maaruf en la habitación de su esposa, la cual estaba contenta, sonriente, alegre; besó las manos de su marido, diciéndole:

—Acaso te burlas de mí, o es que querías probarme, cuando me dijiste: «Yo soy un pobre, que vengo huyendo de mi esposa». ¡Alabado sea Dios, ya que por mi culpa nada injurioso te ha sucedido! Tú eres mi amado y a nadie estimo más que a ti, lo mismo si eres rico que si eres pobre; pero te agradecería que me explicaras cuál era tu propósito al hablarme como lo hiciste.

—Quise —le respondió Maaruf— probarte y ver si tu amor hacia mí era desinteresado o se fundaba en la ambición y el deseo de las riquezas y bienes de este mundo. Ya he visto que tu cariño es puro, y en cuanto me he cerciorado de ello, he vuelto y me felicito; ahora ya conozco tu valor.

A continuación se apartó a un lugar aislado, frotó el anillo y se le presentó Abusaadat, diciéndole:

—¡A tus órdenes! ¡Pide lo que quieras!

—Deseo que me traigas un vestido de los conservados en los tesoros para mi esposa, alhajas de los mismos tesoros, entre ellas un collar formado por cuarenta perlas incomparables.

—Oigo y obedezco —contestó el genio.

Y al momento le trajo todas las cosas que le había pedido. Cogió Maaruf el traje y las alhajas, después de haber despedido al genio, y volvió a presencia de su esposa, poniendo en sus manos el precioso regalo, a la vez que le decía:

—Toma, y pónelas; salud a ti.

Al ver todo aquello, la mujer perdió la cabeza de alegría; y entre las alhajas le llamaron la atención dos *aljal-jal* (1) de oro con perlas incrustadas, obra de magos, brazaletes, zarcillos, pendientes que por ningún precio se hubieran podido adquirir. Púsose el vestido, adornóse con las alhajas, y luego dijo a su marido:

—Señor, deseo guardarlas para los días de fiesta.

—Usalas de continuo —le respondió él—, pues tengo otras muchas.

Una vez que estuvo vestida y adornada y la vieron sus esclavas, se regocijaron extraordinariamente y besaron las manos de Maaruf.

El cual se apartó a un lugar retirado, en donde frotó el anillo. Presentóse el genio, al cual ordenó:

—Tráeme cien vestidos, con sus correspondientes adornos de oro.

Y al momento cumplió sus deseos, y le trajo los cien vestidos que deseaba. Tomólos Maaruf, llamó a las esclavas de su esposa, que vinieron, y dió a cada una un vestido; y cuando se lo hubieron puesto, quedaron hermosas como huris. Y la reina parecía entre todas como la luna entre las estrellas.

(1) Anillo ordinariamente de plata, que las mujeres en Oriente se ponen en los tobillos.

(Continuad en el número próximo.)

LA MOSQUITA MUERTA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES.

La mosquita muerta.

CAPITULO I

EL PRIMER VUELO

Nació muy pequeñita, pero muy revoltosa y vivaracha. No dejaba a nadie en paz, y tan pesada se ponía, que sus hermanas le estaban diciendo siempre:

—¡Quital! ¡Quital!

Y tanto se lo dijeron, que *Kita* le quedó de nombre como a cualquier niña cursi de estas a la moda... (Yo sé de alguna que se firma *Titi* y se llama ¡Anastasia!!)

A su padre le molestaban mucho sus inquietudes y travesuras y la reprendía continuamente:

—¡Muuu! ¡Muuu! ¡Muuu!

No creáis que su padre era un buey, nada de eso; era un grave moscón que tenía una hermosa voz de bajo y una cabeza endurecida a fuerza de embestir contra los cristales de ventanas y balcones.

Porque habéis de saber que la protagonista de esta historia, verídica y ejemplar, era una mosca cuya vida y milagros me fueron revelados durante cierta alucinación que me produjo una copita de *Moscotel*.

Kita (llamémosla así) pertenecía a la ilustre familia de *Moscoso*, oriunda de *Moscovia*. No sé si tendría sangre azul (creo que no), pero desde luego sangre aventurera sí que tenía.

Aunque yo no sea muy aficionado a las moscas, debo reconocer que *Kita*, en su género, era una monada.

Ágil, esbelta, movía con mucha gracia su cabecita de alfiler y su cuerpecillo comparable a un grano de arroz, acicalándose de continuo las transparentes alas con las negras y sedosas patitas.

Amoscada por los constantes zumbidos de su padre y «buscando mayor espacio para sus hazañas» como Don Juan Tenorio, un día de verano bastante caluroso por cierto, ahuecó el ala y se lanzó a los azares del mundo, alegre, ufana, altiva, como un aviador que remonta el vuelo sin pensar en los accidentes catastróficos.

CAPITULO II

EN EL COLEGIO

Sin rumbo fijo revoloteó *Kita* alocadamente de aquí para allá y viceversa, o sea de allá para aquí. Pero al cabo de un buen rato de ejercicios aéreos sintió algo de fatiga y buscó un sitio donde posarse y reposarse.

Los miseros mortales cuando nos cansamos de caminar, no encontramos a veces en los paseos públicos, ni un banco libre para un remedio; pero una mosca se acomoda y descansa en cualquier parte.

¿Sabéis donde fué a aterrizar la simpática *Kita*?

Pues en la oreja de un burro, una oreja hermosísima con un *pa-bellón* capaz de resolver la crisis de la vivienda.

El burro (que era pardo como la inmensa mayoría de sus semejantes y como todos los gatos por la noche), al sentir la mosca en la oreja movió ésta nerviosamente; pero *Kita* no se dió por aludida y entonces el asno, que también era filósofo y llevaba encima una abrumadora carga de melones, se resignó y prosiguió tranquilamente su conversación con la borrica de un basurero que se hallaba a su vera. La mosca le oyó que decía:

—¡No somos nada!... La gente se burla de nosotros, nos llama *burros*... Y todo es porque carecemos de instrucción. Desengáñate, amiga mía, la instrucción es la base del bienestar social... ¡Ay, quien pudiera ir al colegio y aprender siquiera el a, e, i, o, u!

—¡Borriquito como tú! —replicó burlonamente la burra, que no era de las que aspiran a desempeñar cargos públicos.

En aquel momento, por la abierta ventana de un edificio próximo salió un coro de voces infantiles que cantaba a grito pelado:

—¡Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho, diez y seis!

El pobre filósofo suspiró:

—¡Mira cómo se instruyen en ese colegio los hijos de los hombres! ¡Quién fuera ellos!

A *Kita*, que todo lo había escuchado atentamente, le produjeron impresión las palabras del rucio, y pensó: «No estaría de más que yo me instruyera un poco.» Y, ni corta ni perezosa, echó a volar de nuevo y penetró, por la ventana, en la escuela de párvulos.

¡Qué bullicio, qué animación! Cerca del techo encontró a otras moscas, que le aconsejaron:

—¡Procura no caer en manos de esos chiquillos!... Si te cogen, te meterán en un tintero o te harán cualquier otra herejía.

La travesura de los párvulos se le contagió, y aprovechando unos instantes en que el maestro se quitó el gorro, le dió tres o cuatro picotazos en la venerable y bruñida calva. El buen señor se sacudió otros tantos cachetes, lo cual originó gran algarazara entre los pequeñuelos.

Luego, la joven *Kita*, en su afán de instruirse, se paseó por todas las láminas de Historia Sagrada que pendían de las paredes y dió la vuelta al mundo... o seáse a una empolvada esfera de cartón.

«Ya he aprendido bastante», pensó al terminar su viaje.

Y salió de la escuela como había entrado, sin necesidad de esperar la hora de salida ni a ninguna *chacha* que fuera a recogerla.

CAPITULO III

«VIDA Y DULZURA.»

Según cantan en la *Verbena de la Pasiona* «también la gente del pueblo tiene su corazoncito»; lo que agregamos nosotros que también los insectos tienen su estomaguito que dice «aquí estoy» cuando el hambre le aprieta.

Impulsada nuestra amiga *Kita* por el acicate del apetito, penetró resueltamente en una confitería, aunque no llevaba dinero, como les suele ocurrir a la generalidad de las moscas, y aun a muchos individuos de la especie humana.

El establecimiento se titulaba «Vida y dulzura». Quedóse un momento deslumbrada la intrépida *Kita* ante el mágico y apetitoso espectáculo que se ofrecía a sus ojos: Merengues simples, de fresa y de café; pasteles variados y caprichosos, ensaimadas, bollos, rosquillas, tortadas arquitectónicas de estilo gótico y otros estilos, bizcochos *borrachos* y en su sereno juicio,

yemas, pestiños, frutas escarchadas y... no digo más, porque se me humedecen los labios y temo que a vosotros, lectores imberbes, os ocurra lo mismo.

«Aquí me paso yo una buena temporada», pensó la mosquita, que era más golosa que una gata. Y como lo pensó, lo hizo.

A pesar de las gasas y mosquiteros con que por pura fórmula cubrían las golosinas, *Kita* se dió maña para irlo probando todo; y cuando ya no le quedó nada por probar, pudo decir con fundamento que lo mejor de lo mejor eran unos pastelillos de crema, especialidad de la casa. Y yo comparto su opinión, pues realmente estaban tan deliciosos, que hasta los mancos se chupaban los dedos de gusto. Allí hizo *Kita* numerosas amistades; porque en la confitería había siempre más moscas que parroquianos. ¡A cuántas amigas suyas vió perecer, víctimas de su imprudente gula!

Ella tuvo más suerte, aunque un día de San José estuvo a pique de quedarse pegada en el tierno guirlache de una tarta monumental.

Sin embargo, de todo se cansa uno en esta vida, y hasta los dulces, cuando se comen a diario, llegan a empalagar. La inconstante *Kita* comenzó a aborrecer los pastelillos de crema; además, en la tienda tomaron un nuevo dependiente muy antipático y moscófobo que no dejaba vivir a las inocentes moscas, persiguiéndolas infatigable con unos zorros de papel.

Esto exasperó a *Kita*, que salió de «Vida y dulzura» dispuesta a no volver.

Al verla marchar exclamó gozoso el dependiente del plumero:

—¡Ahí va esa mosca!

Y nosotros preguntaremos con el poeta:

—¿Quién sabe do va?





CAPÍTULO IV

LA TRAGEDIA

Al salir de la confitería, sin duda, para desempalagarse, se encontró *Kita* un buen rato picoteando unas pieles de tomate y unas cortezas de melón que se encontró abandonadas en medio de la calle.

Entró luego en una pescadería, pero se marchó pronto, porque el pescado, aunque no estaba fresco, estaba muy frío entre trozos de hielo, capaces de helar la sangre al bicho que más caliente la tenga.

Cruzó a la acera de enfrente y se coló en una carnicería (*carnece-ria* decía el rótulo), atraída por unas artísticas cadenetas de salchichas, rojas como soldados bolcheviquis. Se atracó de tocino y de chicharrones; pero asqueada por el olor a sebo y por las sangrientas escenas que presenciaba, se fué con la música a otra parte.

Y vino a dar en la morada de un poeta, morada que no era morada precisamente, sino de un color sucio e indefinido.

Llegó en un momento crítico en que el ilustre vate (¿qué trabajo nos cuesta llamarle ilustre?) sentado frente a su mesa invocaba desesperadamente a las ingratas Musas, que, o estaban sordas, o se hacían las suecas. El misero hijo de Apolo, que tenía necesidad de terminar una tragedia en verso y en ocho actos, divididos en treinta y dos cuadros (¡casi un museo!), se mordía las uñas, se tiraba de los pelos; pero nada, la inspiración no acudía a su mente, las cuartillas permanecían en blanco.

A *Kita* le hizo gracia la tragicómica desesperación del poeta y se propuso divertirse a costa suya.

Comenzó a revolotear y zumbar a su alrededor, y tan pronto se le paraba en la frente, en las cejas, en la nariz, en las orejas o en los dedos, como se deslizaba por el blanco papel cual si estuviera sobre la pista del Palacio del Hielo.

El premioso escritor, ya muy excitado, se puso hecho una furia:

—¡No podré hacer nada de provecho, mientras no mate a este insufrible animalucho! —exclamó, rojo de ira.

Y se levantó de su asiento resuelto a cometer un mosquicidio.

Cogió su pañuelo por una punta y se lanzó a la caza de la importuna mosca. En vano sacudió el polvo a varios muebles, rompió un cristal y derribó una lámpara. Siempre *Kita* le hacía el quite, burlando con magníficos vuelos sus furibundos ataques, hasta que al fin se escapó por el cristal roto.

Y el gran poeta, que había matado ya a catorce personajes de su interrumpida tragedia, al ver que no podía matar una mosca decidió matar el tiempo y el gusanillo bebiéndose una botella de aguardiente.

CAPÍTULO V

EL JUEGO DE TE

Deseosa de tranquilidad, nuestra heroína se acomodó luego en el hogar confortable de un matrimonio burgués sin descendencia ni transcendencia.

No había niños; pero en cambio había un gatito muy travieso y más cazador que un rey, que se alborotaba y brincaba en cuanto veía una mosca. Pero *Kita* tenía buen cuidado de no ponerse al alcance de sus uñas, aunque a veces se divertía desafiando el peligro y picando al juguetero morrongo en las chatas narices.

—¡Marramia! —decía el gato echando al aire las dos manitas.

Y la mosca zumbaba, burlona, levantando el vuelo:

—Me verás, pero no me cogerás.

En aquella casa se comía bastante bien, y *Kita* se puso tan gorda, que llegó a pesar cerca de ochenta miligramos. Esto le hizo perder algo de su ligereza, y estuvo a punto de costarle caro.

Una mañana se le fué la cabeza, al desayunarse, y cayó en un tazón de leche.

Aunque nadie le había dado lecciones de natación, empezó a nadar como una desesperada, confiando en aquello de que «el que nada no se ahoga». Pero al llegar a las orillas (o sea a las paredes del tazón) e intentar ganarlas, resbalaba de nuevo.

Perdidas ya las esperanzas, se disponía a cantar como Fleta el «Adiós a la vida» cuando acudió providencialmente el ama de la casa, y, al presenciar aquel naufragio, gritó:

—¡Uf, qué asco!

Con una cucharilla sacó a la empapada mosca, y con gesto de repugnancia la sacudió sobre un baldosín, en el que daba un sol espléndido y confortante.



Afortunadamente, el gato dormía entonces sobre una butaca, y *Kita* no tardó en secarse y en recobrar el uso de sus facultades.

Pronto se despertó el minino y se tomó la leche que le dejaron. Tan alegre y retozona se sentía la mosca por haberse librado de las garras de la muerte, que quiso jugar un rato con el pícaro morrongo.

—¡A que no me coges!

—¡A que sí!

—¡A que no!

Provocativa, echó a volar delante de sus narices, subiendo y bajando, haciendo en el aire graciosos quiebros. El gato corria de un lado a otro, saltaba como una pelota... Pero en uno de sus admirables saltos cayó sobre un precioso juego chino de te que había en el comedor, encima de una mesita de laca, y ¡laca... tástrofe!

Las tacitas, la tetera, el azucarero, todo se hizo añicos... El gato, asustado de su propia obra, se escondió debajo del aparador.

Llegó corriendo su ama, y al ver el destrozo de aquel juego que era su delirio (¡un regalo de boda que todavía no habían estrenado por temor a romperlo!), sufrió un síncope nervioso. En vez de te hubo que darle tila.

Al gato también le dieron para el pelo..., y no ron quina precisamente.

¡Cómo se reía, mientras tanto, la verdadera culpable del delito!

Pero también ella salió perjudicada, pues aquel lance le costó perder la casa.

El atribulado matrimonio declaró guerra a muerte a las moscas, compraron polvos insecticidas, que echaban por todas partes, y que oían a demonios, y, además, unos papelotes impregnados de una substancia pegajosa.

La que se descuidaba un poco, quedábase adherida y moría desesperada. Así perecieron infinidad de inocentes. ¡Qué horroroso espectáculo!

A *Kita*, ya os lo podéis figurar, no le gustó nada aquel papel.

Y, como los cómicos cuando un papel no les gusta, se separó de aquella compañía.

CAPÍTULO VI

PRISIÓN Y MUERTE

Si la estrella del gran Napoleón se nubló al cabo y terminó por apagarse, ¿qué tiene de extraño que se nuble la estrella de una mosca?

Eso le ocurrió a nuestra insigne *Kita*; se le torció el carro, como suele decirse.

Pasaron para ella los días felices, pasó el buen tiempo y empezó a reinar el mal cruel de los insecticidas: S. M. el Frio.

El pobre animalito se sentía acobardado, entumecido, atontado. Aprovechándose de su atontamiento, un niño de esos que las cogen al vuelo cazó a la decadente mosca y la aprisionó en una jaula, hecha con un tapón de corcho y varios alfileres a modo de barrotes.

¡Qué rabia y qué dolor experimentó al verse prisionera en aquel mezquino calabozol... ¡Ella, que siempre se había reído de las moscas bobas que, seducidas por cualquier golosina, se dejan atrapar en esas odiosas cárceles verdes de tela metálica! ¡Qué momentos tan amargos pasó la triste cautiva, buscando en vano un resquicio por donde escapar!

Sin embargo, aún no había llegado su última hora: un descuido de su infantil carcelero le permitió recobrar la libertad.

Pero poco había de disfrutar de ella. Como en la calle hacía mucho frío penetró resueltamente en un café.

La tibia atmósfera del establecimiento le prestó nuevos bríos. Se paseó coqueta por todos los espejos, se atracó de azúcar, licores y medias tostadas; se distrajo escuchando a los asiduos concurrentes, que discutían de política, de fútbol y de toros, mientras jugaban ruidosamente al dominó.

Pero un día... ¡Día fatal!... Era martes y 13... Se acercó a un plato de humeante sopa que llevaba un camarero sobre una bandeja; los cálidos vapores la trastornaron, perdió el equilibrio y cayó en el caldo abrasador, para no levantarse más...

—¿Qué es esto? —exclamó indignado el parroquiano a quien sirvieron tan sustancioso manjar.

—Consumé de gallina —respondió sonriendo el buen mozo.

—¡Pues parece una mosquita muerta!...

—No haga caso el señor, eso no tiene importancia...

¡Así es el mundo! Nos morimos y eso no tiene importancia para los que se quedan.

¡Pobre *Kita*!... Oid el epitafio que un poeta desconocido compuso a su memoria:

«Murió en un plato sopero
en lo mejor de su vida,
y fué por un camarero,
después de muerta, servida.»

EMILIO FERRAZ REVENGA.

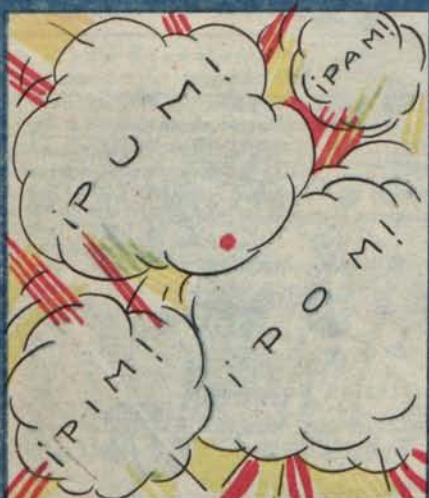
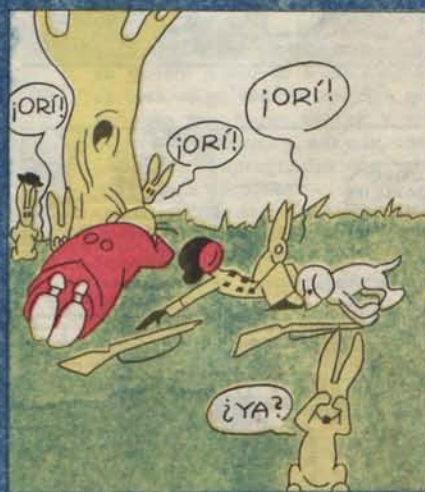


Colorín Y SU **PANDILLA**





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUAS. EL GATO TRAVIESO.



PROGRAMA
PARA HOY

EL MISTERIO
DE LA
PLAYA

Sensacional!

GRAN CINE



El castillo de Mr. Belbrook.

—Vamos a ver, Mr. O'Darrel; si usted es capaz de capturar al ladrón y devolverme los objetos que me ha robado, le quedaré muy agradecido. La policía ya está informada; pero, habiéndome enterado de que estaba usted aquí de vacaciones, le he mandado llamar para que se ocupe usted del asunto.

—Haremos los posibles, Mr. Belbrook —contestó el joven detective, pellizcando la oreja del hermoso sabueso que tenía a su lado. Mi amigo y ayudante, a quien tengo el gusto de presentarle, está ávido de empezar a trabajar de nuevo. Se siente ya cansado de tanta holganza, y precisamente, me decía esta mañana, que se encontraba con ánimos de cazar a un carro de malhechores.

Bob sonrió sin decir nada. Ciertamente que aquella mañana había dicho que sentía ganas de empezar a trabajar; pero entonces no sospechaba que estaba tan próximo a presentárseles un asunto.

Paddy y Bob hallábanse de veraneo en la agradable playa de White Pool, pasando unas cortas vacaciones. Aquella mañana Paddy recibió un recado urgente de Mr. Belbrook, un señor muy rico que vivía en el castillo, una hermosa residencia antigua situada a la vista del mar y no lejos del paseo.

Belbrook le llamó al castillo para decirle que la noche antes habían asaltado su casa unos ladrones, llevándose muchos objetos de oro y plata y una gran cantidad de alhajas muy valiosas. Belbrook estaba muy disgustado y por eso mandó llamar a Paddy, pues sabía por el periódico que el famoso detective se hospedaba en el Hotel Pier.

El castillo era muy grande y lo rodeaban hermosos jardines. Por lo tanto, los ladrones podían haber entrado por diferentes sitios.

Ya la policía había registrado toda la casa sin encontrar ninguna pista digna de tenerse en cuenta; así, que la cosa no se presentaba muy clara para Paddy; pero esto no le desanimó lo más mínimo.

La habitación de donde habían desaparecido las joyas estaba en el primer piso, y daba a un corredor sostenido por pilas-tras, por las cuales trepaban unos rosales.

Paddy y Bob registraron la habitación de arriba a abajo, empezando por las vitrinas de donde habían extraído los objetos de oro y plata.

Paddy que tenía esperanzas de encontrar por lo menos algunas huellas dactilares, encontró con que no se descubría absolutamente ninguna. Indudablemente el ladrón o ladrones llevaban guantes de goma, lo que demostraba que eran gentes astutas o expertas.

Pisadas tampoco pudieron encontrar más que unas deformadas en las tablas enceradas de junto al balcón; de lo que coligieron que el ladrón llevaba calcetines de lana puestos encima de las botas, para no dejar impresión alguna de sus pies.

—Nos encontramos ante un cliente muy hábil —observó Paddy.

—Eso mismo ha dicho el inspector de policía —repuso Mr. Belbrook con desaliento.

O'Darrell examinó los balcones que daban acceso al corredor; habían sido abiertos forzosamente con algún instrumento, lo cual demostraba el sitio por donde había ganado la entrada el ladrón.

Y teniendo en cuenta que la puerta de la habitación estuvo cerrada con llave por fuera y no han tocado en ella, se deduce que el ladrón entró y salió por el corredor —murmuró Paddy.

—¡Pero si se hubiera descolgado por los postes habría arrancado alguna rosa —objetó Bob.

—Lo miraremos, hijo mío —contestó Paddy.

Y él y Bob, seguidos del siempre alerta sabueso, recorrieron el corredor. El detective se detenía de vez en cuando y miraba para abajo, hasta que llegó a una de las pilas-tras por la cual no trepaban flores.

—¿Ves cómo aquí está quitado el polvo de la barandilla, Bob? Y mira el macizo de flores que hay debajo; me parece que hay una profunda huella hecha en él. Si; no cabe duda que el ladrón se escapó por aquí.

Y trepó a la barandilla deslizándose por la pilastra; hacia la mitad se detuvo y dió un silbido.

—¿Ha encontrado usted algo, jefe?

—Sí; hay aquí un clavo, en el cual ha quedado algo enganchado; parece un pedazo de guante. Si nuestro hombre llevaba guantes y bajó por aquí se enganchó uno de ellos en este clavo debido a la oscuridad y a la prisa que llevaba. Haremos la prueba, Bob.

Y Paddy, sujetándose a la pilastra con las piernas y una mano, hizo uso de la otra para sacar del bolsillo unos alicates y con ellos arrancó el pedazo de guante y se lo alargó a Bob con los mismos alicates. El detective volvió a subir al corredor y entró en la habitación.

Bob puso el trozo de guante junto a las nacices de Trailer. Olfateó el sabueso, olfateó después el suelo y fué hasta las vitrinas; luego se precipitó por los balcones y a lo largo del corredor y se detuvo en el mismo sitio por donde Paddy había trepado.

—¡Estamos sobre la verdadera pista! —exclamó el detective—. Ten mucho cuidado de no tocar el pedazo de guante, Bob, y ahora bajemos al jardín.

Bajaron apresuradamente las escaleras y llevaron a Trailer junto al poste; allí le dieron a oler otra vez el pedazo de guante, y el perro echó a correr en una dirección que le iba llevando por detrás de todos los arbustos.

—Eso nos demuestra que el ladrón aprovechó todos los sitios que pudo para ocultarse. ¡Adelante, Trailer!

El sabueso llegó hasta la pared que cercaba los jardines del castillo; y que como no era muy alta, saltó hasta ponerse encima de ella y de allí se tiró a una callejuela estrecha que había al otro lado.

Paddy y Bob saltaron casi tan ágilmente como el perro, y Bob tuvo la precaución de ponerle la correa a Trailer.

Este siguió por la callejuela abajo hasta llegar a la carretera por la que siguió, entrando en el paseo, que a aquella hora de la mañana estaba completamente lleno de gente. El sabueso siguió corriendo por el paseo, y después de haber andado algunos metros se detuvo y torció en ángulo recto.

—¿No sospechas lo que ha sucedido, Bob? —interrogó Paddy mientras seguían por el paseo que daba sobre la playa, donde jugaban infinidad de niños con cubos y palas.

—Me parece que empiezo a sospecharlo. Nuestro hombre debe de haber visto venir a alguien detrás de él, tal vez un policía, y por eso se volvió repentinamente.

No vas descaminado —dijo Paddy aprobando.

Trailer siguió un buen rato a lo largo del paseo y acabó por dar desde él un salto a la playa, desde una altura de poco más de un metro.

Los detectives hicieron lo mismo. Pero Trailer parecía no querer continuar adelante. Trotó por la arena, junto al paredón, deteniéndose aquí y allá, y acabó por quedarse inmóvil, mirando a Paddy, como si quisiera disculparse de no poder seguir adelante.

—¡Está bien, Trailer, está bien! —exclamó Paddy acariciándole la cabeza—. No te exijo que sigas la pista sobre la arena, que ha sido pisada por infinidad de gente. Vamos a sentarnos a la sombra, Bob, y a reflexionar sobre el asunto.

Los dos siguieron andando por la playa, que por aquel lado no estaba muy llena de gente, pero había varios grupos de niños haciendo castillos de arena, algunas personas bañándose, para lo cual tenían colocadas tiendas de lona a lo largo del paredón.

Nuestros amigos encontraron un alto peñasco, en el cual se sentaron, dejando a Trailer vagar por la playa y sacar el mayor partido posible de las vacaciones.

Bob fijó su atención en una parejita de niños que cavaban un profundo hoyo en la arena, cerca del paredón. De pronto aproximóse a ellos un individuo con una tienda portátil al hombro, dispuesto a armarla. Pero no se le ocurrió escoger otro sitio mejor que el mismo donde el niño y la niña estaban cavando el hoyo. El desconocido era un individuo moreno, de bigote negro; llevaba pantalones de franela gris, zapatos blancos y un sombrero panamá.

—¡Cuidado que en todas partes ha de encontrarse uno con gentes inconvenientes! —exclamó Bob indignado, llamando la atención de Paddy hacia aquel individuo—. Fíjese usted en ese hombre, em-



peñado en quitar de ahí a esos chicos para poner él su tienda, habiendo tanto sitio en la playa.

Era indudable que el desconocido estaba riñendo, porque permanecía de pie junto a los niños y empezó a llenarles el hoyo de arena con el pie. Los niños protestaron en voz alta, y entonces el individuo metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda grande de

plata, dijoles unas palabras señalando al puesto del helado, que estaba un poco más allá, y le dio la moneda al chico.

Las caras de los niños se iluminaron de gozo, y, recogiendo las palas y los cubos, echaron a correr a gastarse el dinero.

—Es verdaderamente un hombre extraño —observó Paddy—. Tanto sitio como hay en la playa y precisamente ha de ser ahí donde coloque la tienda, y prefiere pagar media corona por él. Estoy pensando si será el aire... que es muy fuerte aquí.

El desconocido empezó a armar la tienda, y cuando terminó, metióse dentro de ella; cerró bien las cortinas, quedando completamente oculto a la vista de la

gente. Pasaron diez minutos y Paddy y Bob seguían discutiendo el asunto del robo, cuando las cortinas se abrieron. Bob, que esperaba ver salir al desconocido en traje de baño, quedó muy sorprendido al verle completamente vestido y con un paquete debajo del brazo. El individuo echó a andar rápidamente por la playa con dirección a las escaleras que llevaban al paseo.

□ □ □

El individuo del paquete.

—¡Es original! —dijo Bob siguiéndole con la vista—. Lleva un paquete debajo del brazo y cuando llegó no lo traía.

—Será algún brujo —respondió Paddy—. Porque para sacar un paquete de la nada...

—Y fíjese usted en *Trailer*, jefe; parece que se ha interesado por el caballerito ese y le sigue.

—Verdaderamente era muy extraño todo aquello.

Trailer, el animal más serio y respetable que existía, y que jamás hacía caso de nadie más que de sus amos, corría detrás del desconocido olfateándole y subió las escaleras del paseo.

El individuo lo notó cuando iba a la mitad de ellas y pareció molestarle el interés del perro. Paddy dió un silbido, y al oírlo *Trailer* retrocedió hasta su amo, pero no sin cierta repugnancia a dar la vuelta.

—Me gustaría echar una ojeada dentro de esa tienda —observó Paddy, levantándose y echando a andar por la playa.

Separaron la cortina y vieron en el suelo un hoyo mucho más profundo del que los chicos habían hecho.

—¡Claro! ¡Ahora me lo explico! —dijo Paddy—. Este individuo sacó el paquete de entre la arena.

—¡Entonces... sabía que estaba ahí enterrado! —añadió Bob.

—¡Naturalmente!... Y seguramente lo habrá enterrado ahí anoche. El interés de *Trailer* por ese mozo se explica, pues es el hombre cuya pista le trajo hasta aquí.

—¿Quiere usted decir que... él es el ladrón que buscamos?

—¿Por qué no? Sabemos que el ladrón se tiró a la playa, creyendo quizá que lo seguían, y habrá enterrado el botín para recogerlo más tarde. Hoy viene por aquí con una tienda para ocultar sus movimientos, y eso explica su afán por quitar de ahí a todo trance a aquellos chicos, pues estaban cavando precisamente en el sitio donde tenían escondidas las joyas.

—¡Cielos, jefe! Si usted no se engaña, *Trailer* echará a correr detrás de él en cuanto yo le dé a oler otra vez el pedazo de guante.

—Haz la prueba.

Bob sacó de la cartera un trozo de papel blanco, en donde estaba envuelto cuidadosamente el trocito de guante; dióselo a *Trailer*, que lo olfateó; lanzó un gruñido sordo y empezó a correr por la playa, directamente detrás del individuo de la tienda. Cuando hubo subido las escaleras y echado a correr por el paseo, Bob ya no le

cupó ninguna duda de que su jefe no se había equivocado en sus deducciones.

Los detectives llegaron a tiempo para ver a su perseguido meterse en un automóvil y salir a toda velocidad. Tardaron algunos minutos en buscar uno, y cuando lo encontraron Paddy dijo al *chauffeur* que le pagaría espléndidamente si no perdía de vista al *taxi* que iba delante de ellos.

Siguiéronle hasta las afueras de la población, y cuando llevaba andados cuatro kilómetros el automóvil del ladrón, sólo les llevaba medio kilómetro de delantera.

Entonces vieron al individuo sacar la cabeza por la ventanilla y mirar para atrás.

—Sabe que le seguimos —observó Paddy.

El automóvil de delante volvió un recodo de la carretera, y al llegar los detectives al recodo se encontraron con que el otro automóvil ya venía de vuelta.

Paddy le mandó parar y preguntó al *chauffeur*, quien dijo que el ocupante del *taxi* había ido hasta Tree Corner y que allí le despidió.

El ladrón debía de haberse internado en el bosque.

Paddy dió las gracias y una buena propina al *chauffeur*, y ordenó al suyo se detuviera en Tree Corner. En seguida ya estaban los detectives recorriendo un frondoso bosque. Pusieron a *Trailer* sobre la pista otra vez, y éste se precipitó por un sendero lleno de hierba, deteniéndose al borde de una excavación subterránea que estaba cubierta de arbustos y maleza. Bob soltó la correa al perro que, después de detenerse un momento junto al borde de la excavación, se arrojó en medio de un espeso matorral. Instantáneamente oyéronse gritos mezclados con los aullidos de triunfo de *Trailer*.

Metiéndose por entre el matorral, Paddy y Bob vieron al hombre del paquete tirado en el suelo con *Trailer* a su lado.

El desconocido se encaró con Paddy, pidiéndole explicaciones de que le echara el perro; pero Paddy, por toda respuesta, le registró, y su rostro se fue ensombreciendo al ver que no encontraba nada que pudiera relacionarlo con el robo del castillo.

—¿Dónde está el paquete que usted llevaba? —preguntó el detective.

—¿El paquete? ¡No sé de qué paquete habla usted! —refunfuñó el individuo.

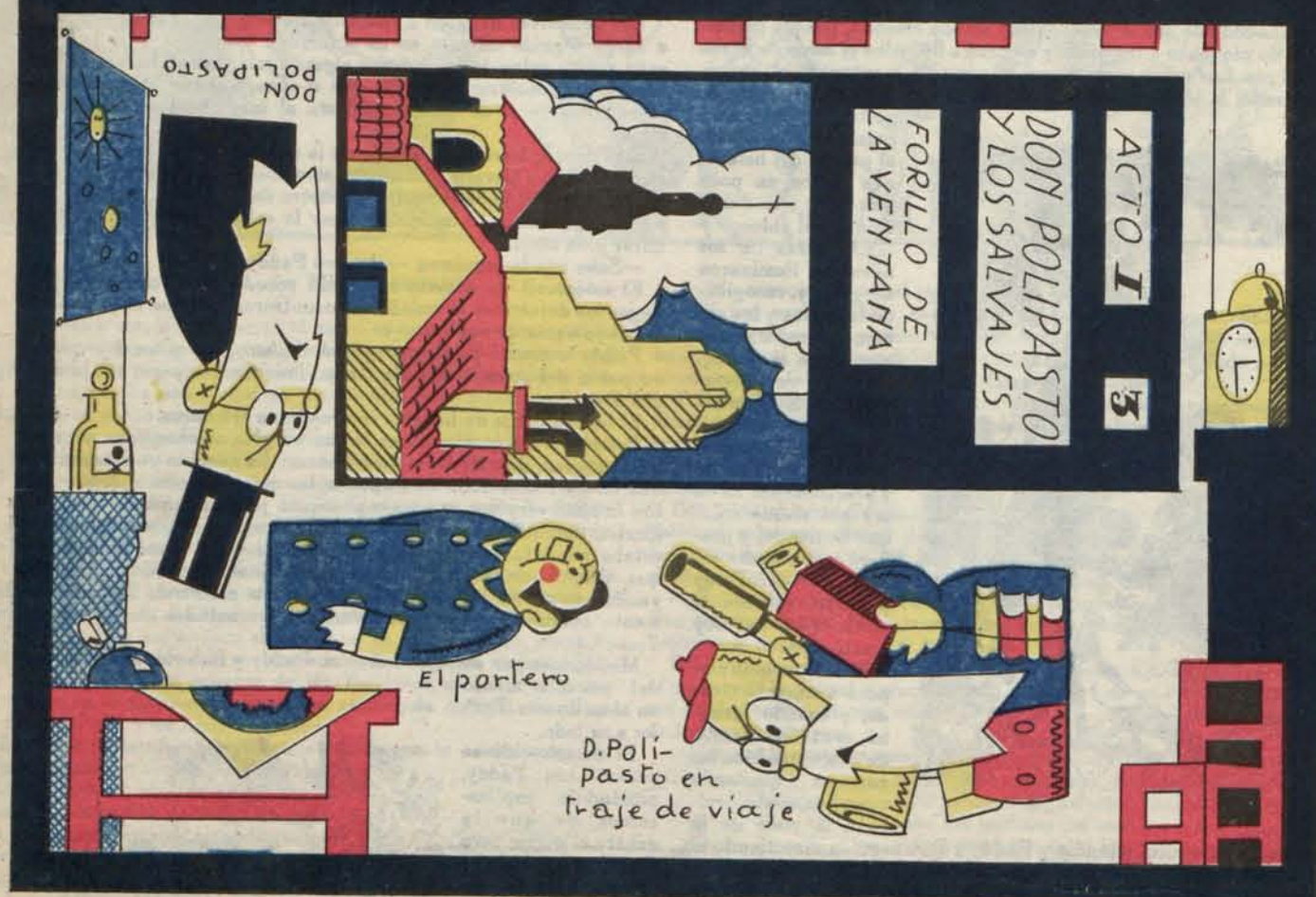
Paddy levantólo hasta ponerlo de pie, porque acababa de tener una inspiración. Mandó a Bob que volviera al pozo de la excavación donde *Trailer* se había detenido primero y que mirase a ver si en contraba algo.

Y no se engañó; pues allí estaba el paquete, suspendido en el pozo por una cuerda atada al tronco de un árbol que crecía en el borde.

El paquete contenía todos los objetos robados, y el ladrón confesó haberlo escondido allí al ver que le perseguían.

Ínútil es decir lo satisfecho que se mostró Belbrook al recobrar sus propiedades, y Paddy y Bob no tuvieron motivos para estar descontentos de su obra durante las vacaciones.





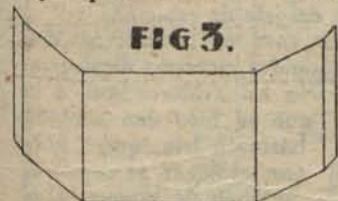
El Teatro de Pinocho



ACLARACIÓN A LAS EXPLICACIONES PUBLICADAS EN EL NUMERO 41

Varios de mis pequeños lectores, a los que quiero con todas las astillas de mi corazón, me han escrito no muy convencidos con las explicaciones que para la construcción de mi teatro di en el número 41 de mi Revista.

Como a mí me parece muy bien que se me pregunte todo aquello que no esté muy claro o que se me haya quedado en el tintero, y como tampoco está ni



medio bien que yo os proporcione quebraderos de cabeza en vez de juguetes divertidos, voy a aclarar, lo mejor que pueda, todo lo que tenéis que hacer

con las obras, con los decorados y los personajes que os iré componiendo y que van a ser —¿cómo no?— una serie de acontecimientos teatrales de primer orden.

Sobre una cartulina fuerte pegáis la embocadura (fig. 1) y las paredes laterales (fig. 2), teniendo cuidado de que quede la pestaña E del lateral izquierda debajo de la parte E de la embocadura, y la pestaña D del lateral derecha debajo de la parte D de la embocadura, quedando estas tres piezas como indica la figura 3.

Cuando esté bien seca la cartulina, la recortáis cuidadosamente por la línea exterior (J), cuidando de recortar bien los piquitos T 1, 2, 3 y 4 de los laterales. Estos piquitos (o muescas) sirven para ajustar sobre ellos las decoraciones por el orden en que vayan numeradas; por ejemplo: los telones de boca y anuncios publicados en el número 43, sobre la muesca T, y las decoraciones 1, sobre la 1; 2, sobre la 2; 3, sobre la 3, y 4, sobre la 4.



FIG 5

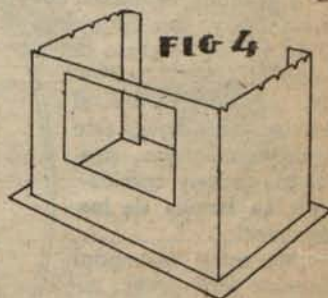
Después recortáis la embocadura por la línea H y pegáis todo por la pestaña inferior sobre un cartón fuerte, quedando montado como indica la figura 4.

Este cartón, que sirve de base al teatro, deberá ser un poco mayor que el frente y laterales, de forma que sobresalga un pequeño borde por los lados, como indica dicha figura 4.

Macaco, anunciante.—Lo recortáis, pegando un lado con otro, dejando sin pegar el rectángulo que lleva al pie, en donde va su nombre, y que servirá de peana doblándolos a uno y otro lado y pegándolos sobre un cartoncito de tres centímetros y medio por uno y medio.

Este anuncio lo colocáis delante del teatro durante la representación.

Extintor de incendios.—Este extintor, después de recortado, lo dobláis como un barquillo, pegando la pestaña C debajo del lado C. Las tiras AA y BB os servirán para construir la palomilla, en la que habéis de fijar el extintor, para lo cual dobláis la pestaña F y con una gota de goma quedará pegado.



Para construir la palomilla, doblad una de las tiras A por la mitad en ángulo recto, y una de las B por sus líneas de puntos, pegando ésta al ángulo en sentido diagonal, como indica la figura 5.

Una vez montado el extintor sobre la palomilla, pegáis ésta sobre el hueco I, que se halla a un lado y otro de la embocadura.

Como ya os indiqué en el número 41, las decoraciones las pegaréis sobre una cartulina, dejando sobre su parte superior una franja de dos centímetros y medio de anchura por veinticinco centímetros de larga.

Esta tira servirá para que la decoración quede colgada, apoyándose sus extremos sobre la muesca de los lados laterales que le corresponda (véase la fig. 6).

Si tuviérais alguna duda en lo sucesivo, consultadme, pues yo, con mucho gusto, os contestaré en esta sección.

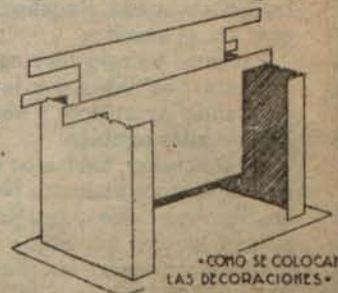


FIG. 6

HISTORIAS DE ANIMALES

MERCEDITAS

(Segunda parte de EL AVESTRUZ.)

Rogelio y yo decidimos salir juntos a apropiarnos de cuantas avestruces se presentaran. Luego nos las repartiríamos como buenos amigos. Antes de salir de caza discutimos largamente el sistema que habíamos de emplear, desechando decididamente el procedimiento del disfraz de avestruz. A lo mejor, si nos vestíamos nuevamente con aquellas plumas, volvíamos a cazar cazadores, lo cual no era muy útil.

—Lo mejor será —dijo Rogelio— que te montes a caballo encima de mí, y, cuando veas un avestruz, yo corro detrás de ella y tú le echas el lazo.

—Perfectamente.

—¿No sabes echar el lazo?

—No.

—Entonces, ¿por qué dices «perfectamente»?

—Porque me parece muy bien.

—Pero es necesario que ensayes a echar el lazo. O, si no, lo mejor será que los cacemos a boleó. ¿Quieres?

—¡Encantados!

—Con estas cuerdas y estas bolas de hierro atadas en las puntas, no tienes más que darles en la cabeza. Es el mejor sistema. En la pampa lo hacen así.

Salimos. Rogelio me llevaba sobre sus espaldas, y yo, arriba, agitando las bolas en el aire y cantando tangos. Se vió, a lo lejos, un avestruz, con su cuello largo y combado y sus patas gordas y sus pantalones de bayeta amarilla.

El avestruz nos vió, y debió decir:

—Ahí están esos. Me van a fastidiar.

Después de pensar esto, echó a correr; pero Rogelio le persiguió a grandes zancadas, sobre las que yo iba saltando, subido en los hombros del cazador.

Al rato de correr, el avestruz debió hacer este razonamiento, que, por lo visto, es muy corriente en la familia de los avestruces:

—¡Me estoy cansando! Lo mejor será parar, esconder la cabeza debajo de las plumas y disimular.

Así lo hizo. Ellas creen, por lo visto, que cuando ellas no ven no las pueden ver a ellas. Es como si nosotros con cerrar los ojos nos quisiéramos ocultar de las miradas ajenas. No tuvimos más que acercarnos. Sobre sus dos patas, parecía dos arbolitos siameses unidos por una misma copa de plumón.

—Ahora —dijo Rogelio— le taparemos los ojos.

Con los ojos tapados es un animal tan inofensivo como un conejo.

Le atamos un pañuelo a los ojos y nos subimos en ella. A la hora de comer nos apeamos y jugamos con el bicho al avestruz ciega. Primero se quedó el animalito; pero una de las veces me dió con el pico y me dijo:

—Tú te quedas.

—Y tuve que ponerme el pañuelo sobre los ojos. Luego se quedó Rogelio, luego yo otra vez y luego otra vez el avestruz.

Pasamos un rato muy agradable.

Tanto nos reíamos y la gozábamos, que se fueron acercando avestruces y nos pedían que las dejásemos jugar a ellas también.

Al anochecer, habíamos cogido veintisiete avestruces por este procedimiento. Nos las repartimos por partes iguales: veintiseis para Rogelio y una para mí. Yo no necesitaba más que una, y Rogelio quería muchas para dedicarse a vender las plumas. Claro es que yo tuve

derecho a elegir, y me quedé con la primera que habíamos cazados, a la que llamé Merceditas.

Me despedí de Rogelio, le dejé mis señas para que me fuese a visitar en Madrid, y emprendí el regreso acompañado de Merceditas, con la que me unía un cariño entrañable.

El primer disgusto me lo dió en el barco. Yo no sabía esa afición de las avestruces a comerse todas las cosas que brillan, relucen o tienen colores vivos, por muy grandes, muy extraños y muy poco digeribles que sean. Ignorando esto dejé a Merceditas en una completa libertad; pero pronto empezaron a llover las reclamaciones.

Primero se comió el sombrero de una inglesa. Después, la gorra del capitán del barco, que estaba bordada con hilo de oro. Se comió también el ancla del barco una vez que la subieron a bordo. Pero lo peor de todo fué el día que se comió la chimenea del barco, que estaba pintada con esmalte rojo. El conflicto fué horrible. Hasta el primer puerto, hubo que poner, para que saliera el humo, la manga de un gabán del contraestre.

Yo le decía:

—Merceditas, debes contenerte. Mira que...

Pero no le decía más, porque me daba pena verla llorar de sincero arrepentimiento.

El viaje, por el tren, hasta Madrid, lo hicimos sin más contratiempo que tres horas de detención en la estación de Alcázar, porque el jefe había perdido su campanilla y no podía dar la salida al tren.

Luego supe que Merceditas se había tragado la campanilla dorada del jefe de estación.

En casa me recibieron con grandes muestras de alegría. No así a Merceditas, a la que se hizo una acogida bastante fría, quizá porque, al llegar, se comió el aldabón de la puerta, el puño de un paraguas que había en el perchero, el ros del capitán Martínez, amigo de casa, colgado del mismo perchero, y una bonita figura de bronce que había sobre un bargueño, y a la que mamá tenía gran estima.

En diez días fuimos notando la falta de algunos objetos de la vajilla de plata; de todos los tiradores de las puertas; de una caja de plumas de acero; de dos embudos de aluminio; de un tintero; de siete sombreros; de un zapato de tisú de mi hermana la

mayor; de un bastón de mando, de cuando papá fué gobernador; de una pareja de maceteros; de los muelles del sofá del gabinete; de varias perchas de hierro; de un busto de Hernán Cortés; de un ventilador; de una tetera; de un jarro de porcelana, y de algún otro objeto de menos importancia. La última gota fué el que Merceditas se comiese los impertinentes de tía Lola y el sable del capitán Martínez, amigo de casa. Ya nadie nos visitaba.

Papá me llamó a su despacho:

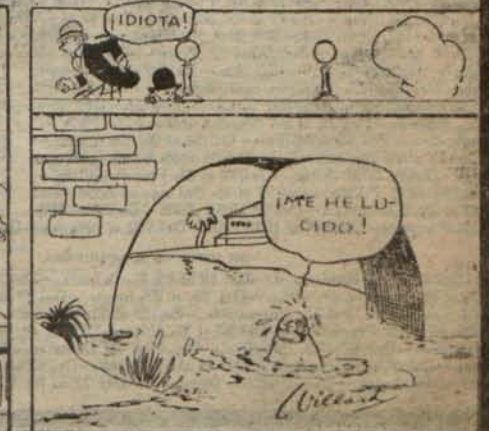
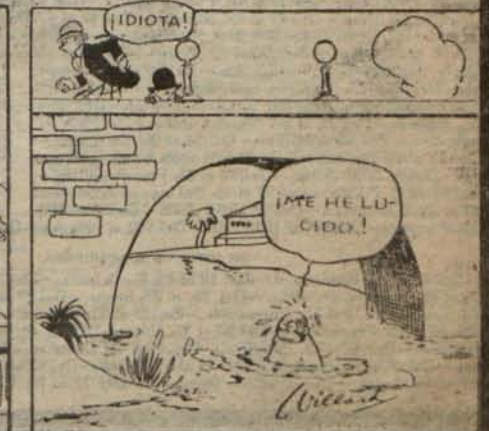
—Esto no puede seguir así —me dijo—. Es necesario arrojar de casa a ese animal.

—Yo te aseguro, papá, que ya será buena Merceditas y no se volverá a comer nada.

Pero papá no quiso ceder e insistió en la expulsión de mi adorada Merceditas. Entonces, yo dije que si se iba Merceditas me iba yo de casa también con ella. Por eso rompí con mi familia. Salimos una mañana el avestruz y yo. Detrás de nosotros, la portera armaba un terrible escándalo. Merceditas, al bajar de casa, se había ido comiendo la barandilla de la escalera. —José López Rubio.



POTIPÁN Y CAÑAMÓN



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

EL MAL PASTOR



Este pastoreito dejó un día el rebaño abandonado y se marchó al pueblo porque había fiesta. Cuando volvió encontróse con que le faltaban dos ovejas y el perro. En vano estuvo buscándolas por el campo; no las encontró. ¿Las hallaréis vosotros?

FUERA DE CONCURSO

PALABRAS CRUZADAS

INDICACIONES

En la línea vertical señalada con el signo X deberá leerse: Título de un libro de aventuras de Pinocho. En las líneas horizontales, incluyendo el signo X, deberá leerse: 1. Canción.—2. Tiempo de verbo.—3. En las carpinterías y en la calle de Alcalá.—4. Perfume.—5. En el piano.—6. Dibujante.—7. El perro.—8. Tiempo de verbo.—9. Robos.—10. Instrumento musical.—11. De la familia.—12. Venera.—13. Animal doméstico (fem.). Pero suprimiendo el signo X, deberá leerse: 1. Apéndice.—2. Proyecto.—3. Hijo de Júpiter.—4. Star.—5. Paño.—6. Término poético.—7. Teatro.—8. Enfermedad.—9. Parientes.—10. Arbol.—11. Forma de verbo.—12. Pueblo.—13. Fruta.

Horizontales.

DE IZQUIERDA A DERECHA

Del 14 al 15. Contracción.—Del 14 al 17. Para volar.—Del 16 al 19. Tiempo de verbo.—Del 17 al 19. Santo.—Del 20 al 23. Rotor.—Del 22 al 25. En el billar.—Del 26 al 29. En las ovejas.—Del 27 al 29. Nombre propio.—Del 29 al 32. Dios egipcio.—Del 30 al 33. Principal.—Del 32 al 33. Preposición.—Del 34 al 37. Palmipeda.—Del 35 al 40. Dueño.—Del 38 al 41. Dios.—Del 39 al 41. Prenda militar.—Del 42 al 44. Altar.—Del 43 al 44. Dios.—Del 43 al 46. Extraña.—Del 42 al 47. Monte asiático.—Del 47 al 49. Río.—Del 50 al 53. Habitante de nación europea.—Del 52 al 54. Astro.—Del 54 al 57. Fraile.—Del 58 al 61. De la familia.—Del 59 al 61. Ata.—Del 58 al 67. Despectivo.—Del 65 al 73. ¿Qué rico con picatostes!—Del 68 al 71. Extremidad.—Del 72 al 74. Infusión (plural).—Del 75 al 77. Animal.—Del 77 al 80. Nombre árabe.—Del 79 al 82. Infinitivo.—Del 83 al 84. Río.—Del 84 al 86. En el mar.—Del 85 al 88. En las ovejas.—Del 86 al 88. Nombre de mujer.—Del 88 al 90. Altar.—Del 91 al 93. Prenda militar.—Del 91 al 95. Planta.—Del 93 al 95. Del mar se saca.—Del 93 al 97. Habitación.—Del 95 al 98. Tela.—Del 99 al 102. En el tejado.—Del 100 al 103. Tela.—Del 102 al 106. As.—Del 105 al 106. Letra.

DE DERECHA A IZQUIERDA

Del 17 al 14. Habitación.—Del 19 al 15. De la nariz.—Del 23 al 20. Infinitivo.—Del 24 al 21. Tiempo de verbo.—Del 25 al 23. Juego.—Del 29 al 26. Historia.—Del 30 al 27. Tela.—Del 32 al 31. Afirmación.—Del 33 al 32. Pronombre.—Del 37 al 34. Alforja.—Del 38 al 36. Pronombre.—Del 39 al 37. Vaca.—Del 41 al 39. Monja.—Del 45 al 42. Extraña.—Del 46 al 43. Infinitivo.—Del 49 al 45. Desafiar.—Del 52 al 50. Punto cardinal.—Del 54 al 52. Artículo.—Del 56 al 55. Letra.—Del 62 al 59. Parte del árbol.—Del 65 al 64. Letra.—Del 70 al 67. Alienado.—Del 72 al 70. Conjunción.—Del 74 al 71.

1	X			
2	X			
3	X			
4	X			
5	X			
6	X			
7	X			
8	X			
9	X			
10	X			
11	X			
12	X			
13	X			

14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37
38	39	40	41	42	43	44	45	46	47	48	49
50	51	52	53	54	55	56	57	58	59	60	61
62	63	64	65	66	67	68	69	70	71	72	73
74	75	76	77	78	79	80	81	82	83	84	85
86	87	88	89	90	91	92	93	94	95	96	97
98	99	100	101	102	103	104	105	106	107	108	109

Planta.—Del 77 al 75. Carnívoro.—Del 79 al 76. Dueños.—Del 80 al 77. Conjunto de flores.—Del 81 al 76. Forma de verbo.—Del 82 al 79. Extraña.—Del 86 al 85. Contracción.—Del 88 al 85. Historia.—Del 89 al 86. Batracio.—Del 90 al 87. Forma de verbo.—Del 93 al 91. Hermana.—Del 96 al 92. Futbolista.—Del 97 al 94. Ciudad.—Del 98 al 96. Parte terminal del intestino.—Del 101 al 99. En el mar.—Del 105 al 99. Instrumento musical.

Verticales.

DE ARRIBA ABAJO

Del 14 al 75. Arbol.—Del 42 al 91. Afecto.—Del 15 al 59. Teatro.—Del 43 al 92. Despejado.—Del 16 al 44. Nombre de mujer.—Del 44 al 93. Profeta.—Del 17 al 61. Nombre de mujer bíblica.—Del 45 al 94. Del árbol.—Del 30 al 72. Dos.—Del 46 al 95. Lago.—Del 19 al 31. Negación.—Del 80 al 96. Letra griega.—Del 32 al 64. Forma de verbo.—Del 82 al 98. Dios.—Del 34 al 69. Metal.—Del 50 al 99. Vestido.—Del 35 al 84. Ave.—Del 68 al 100. Hortaliza.—Del 80 al 69. Estrellado.—Del 58 al 101. Sin compañía.—Del 21 al 86. Forma del verbo.—Del 37 al 70. Nota.—Del 53 al 86. En el mar.—Del 70 al 86. Artículo.—Del 22 al 71. Paño.—Del 54 al 105. En las ovejas.—Del 71 al 105. Nombre de mujer.—Del 23 al 88. Pueblo de Zaragoza.—Del 39 al 88. Desafia.—Del 24 al 73. Ase.—Del 56 al 73. Letra.—Del 25 al 57. Animal.—Del 41 al 90. Mineral.—Del 57 al 90. Tiempo de verbo.

DE ABAJO ARRIBA

Del 81 al 42. Capital europea.—Del 58 al 14. Perversa.—Del 92 al 43. Atreverse.—Del 59 al 15. Lago asiático.—Del 93 al 77. Preposición.—Del 60 al 16. Fluye.—Del 94 al 17. Tiempo de verbo.—Del 61 al 29. Altar.—Del 45 al 17. Nivel.—Del 96 al 46. Teatro.—Del 62 al 18. Peta.—Del 47 al 31. Pronombre.—Del 48 al 32. Existe.—Del 49 al 33. Letra griega.—Del 83 al 50. Preposición.—Del 83 al 34. Lo tiene la piel.—Del 67 al 34. Mineral.—Del 84 al 68. Dialecto francés.—Del 68 al 51. Letra.—Del 85 al 52. Artículo.—Del 85 al 36. Piedra.—Del 69 al 20. Atreverse.—Del 86 al 70. Contracción.—Del 70 al 37. Artículo.—Del 53 al 21. Animal (femenino).—Del 105 al 54. Historia.—Del 54 al 38. Pronombre.—Del 104 al 88. Vocales.—Del 88 al 55. Forma de verbo.—Del 72 al 39. Río.—Del 55 al 23. División del tiempo.—Del 39 al 23. Dios.—Del 89 al 73. Nota.—Del 73 al 40. Pronombre latino.—Del 106 al 57. Capital española.—Del 90 al 57. Forma de verbo.—Del 74 al 25. Insulso.—Del 57 al 25. Animal.—Del 41 al 25. Preposición.

ALBERTO MAQUA.
Doce años. Madrid.

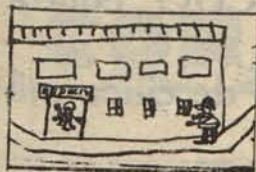
139. P. Sección B.

Para encuadernar los números de PINOCHO estamos preparando preciosas tapas para que los Pinochistas puedan conservar encuadernada la colección de PINOCHO. Pronto daremos más detalles.

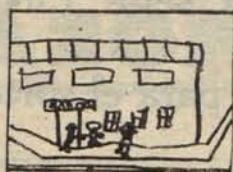
CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

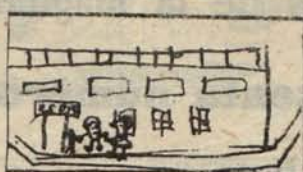
HISTORIETAS



Pinocho va a su redacción tan contento y ve que...



Chapete roba a Pirula.



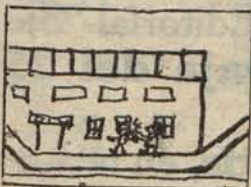
Pero Chapete se encuentra cara a cara con Pinocho.



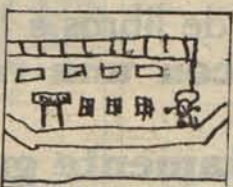
Era José María un pollo que presumía.



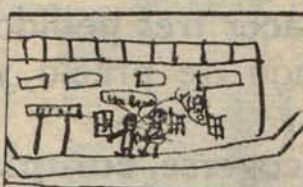
Mas como se encuentra [obeso, él se quiere quitar peso.



Y Pinocho, enfurecido, coge a Chapete y le pega.
69. H. Sección B.



Y Chapete, arrepentido, se marcha,



dejando a Pinocho en brazos de Pirula.
JULIÁN ORDEN.—Doce años.



Y camina en bicicleta, sin comer una chuleta.
70. H. Sección B.



Y ya tanto adelgazó que el viento se lo llevó.
JOSÉ MANUEL TEJADA.
Doce años. Haro.

Quien ríe primero es un majadero.



El que habla no ve que hay un chimpancé.

Y como le gusta el coco, le asusta.

Y contra el barrote le da de rebote.



Se ríe el amigo de bravo castigo.
71. H. Sección B.

Pero ríe poco, pues se rompe el coco

sobre su pelada, que queda abollada.
FRANCISCO PASTRANA.

El castigo.



Mi querido Pinochito sale a dar un paseito.



Allí se encuentra a Pirula que llora con amargura.



Es que el malvado Chapete le dió a Pirula un cachete.
72. H. Sección B.

Entonces Pinocho, fiero, escarmenta al majadero.
CONCHITA GUTIÉRREZ.—Once años. Larrache.



Cuando despertaba Febo, Curro y Ali se encontraron de un avestruz un gran huevo.

Con su chistera y su manta deciden dar los dos moros a Tecla un susto que espanta.



Y una voz espantosa da Tecla al ver que está ante una fiera horrosa.
73. H. Sección B.

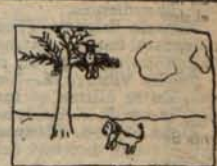
La negra lanzó otro grito; mas baja la escoba al punto, y el que pagó fué el negrito.
LUIS SÁENZ.—Trece años. León.



Sale a pasear Panta-león y con espanto ve un león.
74. H. Sección B.



Emprende feroz carrera perseguido por la fiera.



Se burla de la fiera subiéndose a una palmera.

CARLOS CABRENA.—Catorce años. Guayaquil (Ecuador)



Currinche y Don Turulato van a jugar al balón.



Y Don Turulato echa afuera el balón,



Una tarde don Simplicio se puso a tocar la trompeta, y tal entusiasmo ponía en la música y con tal violencia tocaba, que la trompa se enderezó, dando una ducha a doña Brígida.

75. H. Sección B.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.—Once años. La Magdalena.



que cae sobre unos dulces
76. H. Sección B.



y se dan un atracón.
MANUEL UTILLA.—Catorce años. Madrid

Regalos a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba *por un año* tiene derecho a pedir —al hacer su suscripción— los regalos siguientes:

1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO contra CHAPETE.

2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.

3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones se pueden obtener preciosos regalos.

4.º Tres vales para hacer tres pedidos de libros a la Editorial "Saturnino Calleja", sin limitación de precio y **con una rebaja del 25 por 100**.

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar pesetas 1,50 para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

CORRESPONDENCIA

A los Pinochistas.—Recibo colecciones de cupones incompletas. Me llegan sin sellos o con las señas confusas. Advierto ahora, como he advertido en números anteriores, que semejantes deficiencias o equivocaciones me imposibilitan para remitir los números del sorteo de Navidad-Reyes.

Luis Mutan de la Mata. (Madrid).—Me envías los cupones. Y estoy esperando que vengas por los cien números que te corresponden.

Santiago González Martín. (Guadalajara).—No puedo publicar tu dibujo por venir éste, contra las reglas marcadas, en colores. Para otra ocasión, tinta negra.

Paquito Cuchi.—Los dibujos a lápiz no puedo publicarlos. ¡Tinta! Héctor Losada Álvarez. (Madrid).—Con un cupón no puedo remitirte los cien números del sorteo. Es preciso que me envíes, como ya he dicho tantas veces, la colección completa.

Benigno Paulo Cayuela. (Monteagudo de Navarra).—Tus cupones vienen incompletos, y sin sellos. No puedo mandarte los cien números del sorteo.

Félix Bustamante. (Oviedo).—Te remití los números —los de tu hermano y los tuyos— a su debido tiempo. No me explico las líneas de tu tarjeta.

Ramón María de Montaner.—Los cupones que me remites, como son antiguos, no sirven.

Encarna. (Valladolid).—Como te prometí a su debido tiempo, tus trabajos saldrán. Ahora, que como tengo tantos cuentos, tantos dibujos, tantos chistes...

Antonio García Alonso. (Valladolid).—Admitido. ¡Cómo no!

Amparito Salis Bellido. (Sevilla).—¡Qué penal! ¡Tinta negra!

Juan Ignacio Salinas. (Barcelona).—Remíteme tu dirección —¿cómo has olvidado una cuestión tan importante?— para que yo pueda mandarte los números del sorteo.

Pedro González Hinojosa. (Valencia).—Encantado con tus trabajos. Y puedes enviarme cuantos trabajos quieras, siempre, claro está, con sus cupones correspondientes.

Antonio Salgado. (Tenerife).—A su debido tiempo llegaron tus dibujos, y como son buenos, extraordinarios, se publicarán. También me llegaron los de Juanito, que saldrán, como los tuyos, a su hora.

Cecilia Villarroya.—Desearía saber tu dirección para remitirte los números. En tu última no me la indicas, y... recibo tantas cartas, que no puedo acordarme de tantas cosas.

Elena Ratera. (Benecastín).—Los cupones hay que mandarlos de una vez, como vengo diciendo desde hace mucho tiempo. Lee bien el núm. 44 de PINOCHO.

Sofía Arregui Villar. (Madrid).—Espero que te llegarás por aquí para recoger los cien números que te corresponden por los cupones.

Alvaro Linares-Rivas Lucén. (Navalcarnero).—Necesito la colección completa. Fíjate bien en el núm. 44 de mi Revista.

Resultado de las votaciones de los Pinochistas, correspondientes a los números 29, 30, 31 y 32 de nuestra tercera serie de concursos.

A su debido tiempo se constituyó el jurado para averiguar cuáles trabajos de los Pinochistas habían sido favorecidos por la votación imparcial de los lectores de PINOCHO. Resultado de aquella averiguación es la lista que insertamos más abajo.

A continuación de esta lista, y sólo como mención honorífica, sin derecho a premio alguno, damos los nombres de los concursantes que han obtenido votos en estos concursos.

Problemas.

Sección B, núm. 60.—Antonio Fernández (Santillana del Mar, Santander).

Chistes ilustrados.

Sección A, núm. 102.—José Torres Díaz (Málaga).

Sección B, núm. 75.—Rafael Díaz Llanos (Tenerife).

Historietas.

Sección A, núm. 21.—Pepita Troncoso (Jerez).

Sección B, núm. 15.—Alberto de Márquez (Navalperal, Avila).

Dibujos.

Sección A, núm. 321.—Julio G. Pola (Madrid).

Sección B, núm. 227.—J. Crespo (Pontevedra).

Cuentos.

Sección A, núm. 36.—Fernando Sanz.

Sección B, núm. 38.—Eloisa Ginés (Madrid).

Menciones honoríficas.

Problemas.

Sección B.—José Andréu Sestier, Juan Sánchez Campos (Almería), Carlos García de Oteyza (Madrid), E. Lastra (Madrid).

Chistes ilustrados.

Sección A.—Afriquita Lozano (Tetuán), Abelín Sánchez Azpiazu (Madrid), Luis García de Marco (Madrid).

Sección B.—Román Baró (Avila), Santiago García (Colombia), Consuelo Alonso (Madrid).

Historietas.

Sección B.—Oscar López (Vitoria), Rogelio M. Longhling (Buenos Aires).

Dibujos.

Sección A.—Pilar Sáinz (Madrid), José Ferrer (Valencia), Chaticca Llompert (Sevilla).

Sección B.—Eduardo Estocad (Madrid), Vicente Vera, Salvador González (Bruselas).

Cuentos.

Sección B.—Enrique Moles (Madrid), Angel Pérez Castilla (Tolledo), Pilar Pellido (San Sebastián), Carmen Landa (Zaragoza).

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 48

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

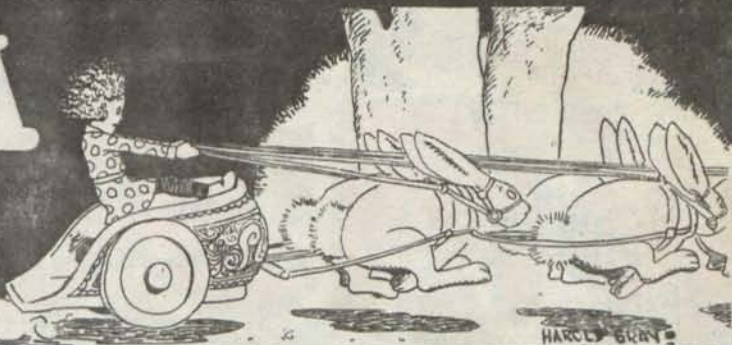
remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD BERRY

¡AHÍ DONDE LE VES, PELUCHO, ESE ÁRBOL TIENE MÁS DE CIENTO AÑOS DE EXISTENCIA! ¡ALO MEJOR HA SIDO LA CASA DE ALGÚN INDIÓ!



ME APUESTO CUALQUIER COSA A QUE ESTA ES LA PUERTA PRINCIPAL DEL PALACIO DE UNA ARDILLA.



¡CARAMBA! ¡QUÉ OSCURO ESTÁ ESTO! ¡PARECE LA CUEVA DE UN CARBONERO! ¡HAY QUE...



¡AY! ¡QUE NO PUEDO SACAR LA CABEZA!



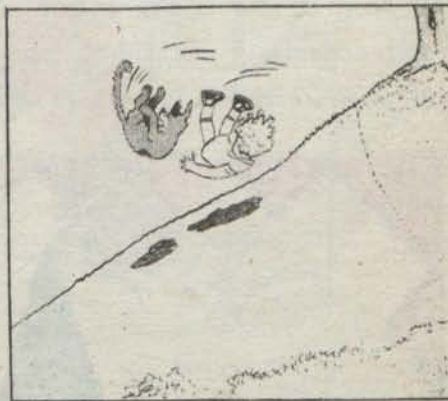
¡SOCORRO!
¡SOCORRO!



¡TIRA, TIRA, PELUCHO!



¡AAAAY!



¡Y ESO QUE NO HICE MÁS QUE ASOMARME! ¡SI ME LLEGO A METER DENTRO!



BUENO, ESTO ES UN CASTIGO DE DIOS, POR HABER METIDO LAS NARICES DONDE NADIE ME LLAMABA.





SECCIÓN PIRULA

PIRULA BORDADORA

Seguramente
conocéis todas eso

de que «no hay nada nuevo bajo el sol»; hasta puede que lo sepáis en latín y todo: *Nihil novum sub sole*.

(Como veis, se puede ser una muñeca de cartón y tener su miajita de cultura.)

Estas palabras latinas os las aprendéis de memoria, y hoy mismo, en la mesa, las soltáis, así, como al descuido, y ¡menudo éxito!

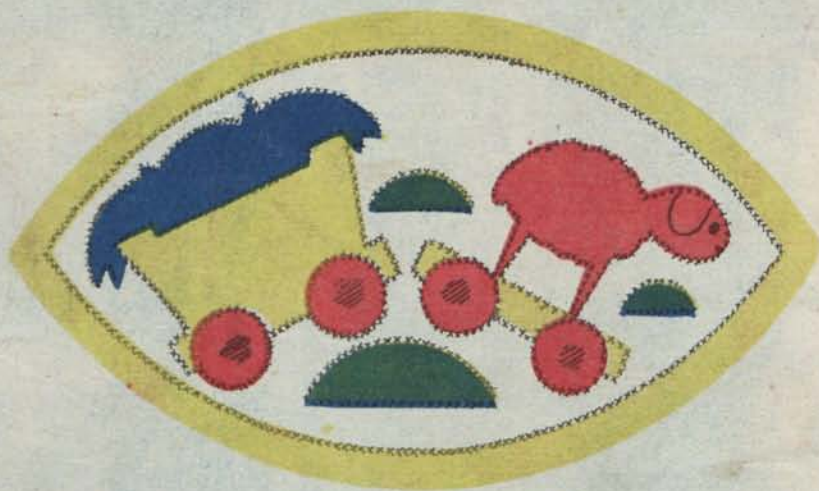
Pues bien: eso de que no hay nada nuevo bajo el sol, tendrá algo de verdad, y hasta mucha verdad; pero del todo, no es exacto.

Por ejemplo: ¿Cuándo ha habido en el mundo un periódico que, ni de lejos, se parezca a PINOCHO? ¿O me van a decir a mí que en la Edad Media se conocían personajes tan salados como Currinche y Don Turulato?

¿O quien se atreva a pretender que el heroísmo, la inteligencia, la perspicacia, la gracia y la bondad no son cosa nueva cuando se unen en una sola persona, quiero decir en un solo muñeco, y producen aventuras tan sorprendentes y maravillosas como las que vive a diario nuestro narigudo héroe y director?

Y si yo fuera tanto así de vanidosa, diría que en tiempos de Nabucodonosor no existía, que yo sepa, una muñequita tan sabia como Pirula...

Pero como soy modesta, me lo callo. Ahora, que las labores que yo invento para vosotras, lectorcitas queridas, me atrevo a afirmar, aunque sea en latín y aun-



que sea en esperanto, que son nuevas. ¿Verdad que sí?

Y ya que hemos llegado a este tema, hoy os presento dos modelos de nuestras labores predilectas: las de telas recortadas.

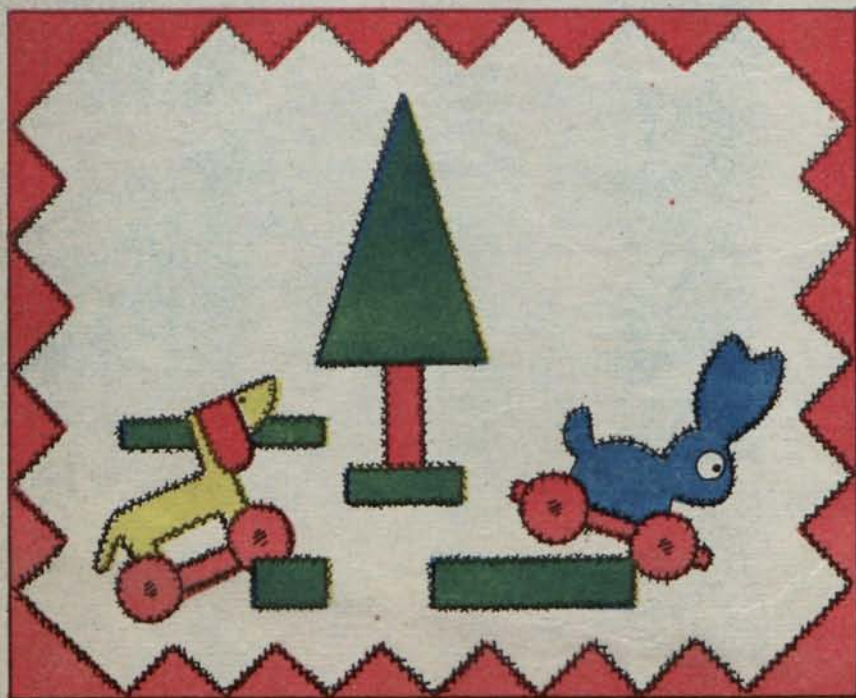
Estas telas se suelen pegar a punto de festón, porque con cualquier otro punto nos exponemos a que se deshilache un poco la tela.

Pero como me gusta la variedad, y a vosotras también (me lo ha contado un pajarito), éstas de hoy

pueden pegarse con un pespunte a máquina, y se hace por encima un punto de escapulario, de cordón o de cadeneta, que a la vez disimula el pespunte y sirve de adorno.

Conviene hacerlo con grueso algodón perlé negro, a fin de que se destaquen mejor los colores y los contornos de los dibujos.

Estos dos motivos, tan originales como graciosos y risueños, lo mismo sirven para almohadas o mantelillos que para delantales, pantallas, visillos o servilletas.



□ □ □